

Poemas

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
Poemas escritos entre el 2009 y el 2015.

Domenech, María Tamara

Poemas / María Tamara Domenech; ilustrado por María Tamara Domenech: prólogo de Daniel Samoilovich. - 1a ed adaptada. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1073-3

1. Poesía Argentina. I. Domenech, María Tamara, ilustr. II. Samoilovich, Daniel, prólogo. III. Título.

CDD A861

La intensidad inocente

por Daniel Samoilovich

Yo desconfío de las direcciones.
Las sorpresas están en todas partes.
Tamara Domenech

Dos dimensiones juega con tres dimensiones, se intervienen mutuamente: los dibujos en los márgenes de una hoja de cuaderno son seres vivos, que mueren si son tachados por un maestro implacable; pero también el propio cuerpo puede ser una especie de hoja, en la que se escribe como se escribe en un cuaderno de deberes. Se escribe “Pelos x Tamara” en la axila, y Tamara queda transformada en una obra, o un animal-obra, o un texto de tres dimensiones.

Se puede dibujar sobre los cuerpos como se puede dibujar sobre las hojas, pero las hojas también pueden hacer dibujos. Las que se desprendieron de un árbol este otoño son capaces de pintarse rostros a sí mismas con una fibra.

Todo está aquí animado: los barriletes buscan un piolín, los cordones de zapatillas caminan por los cables de luz. Los sonidos pueden transformarse en palabras, de solo andar, sueltos, en el viento. Los verbos son activos y presentes: todo es acción, incluso los sueños y sin decir “agua va” se pasa de un plano a otro, de una dimensión a otra. La guía se extravía, la brújula está loca, el sentido sólo puede ser hallado por asalto, por casualidad. La lógica es, sobre todo y todo el tiempo, la lógica del objeto encontrado.

Las expresiones *ready-made* o *prêt-à-porter* también servirían para describir esta lógica: se trata de cosas que están listas para ser llevadas con uno, o, mejor, es uno el que está — el que debería estar— dispuesto a llevarse todo a casa, pues cualquier cosa abandonada puede ser —es— alhaja, maravilla.

Qué lejos estamos, sin embargo, de lo real maravilloso de cierto surrealismo: no hay en estos poemas y dibujos una profusión de imágenes, una realidad adornada con metáforas pensadas para sorprender. La imaginación no actúa aquí en virtud de un programa, sino de una necesidad, de una propensión que lleva a veces, incluso, a la pesadilla. Porque la imaginación aquí te tiene, te lleva, y en ese dejarse llevar está la intensidad, la absoluta seriedad del juego. Estos textos muerden y no sueltan: si se dice de alguien que tiene zapatos que son campanas de vidrio, no se abandona esa imagen para pasar a otra imagen o metáfora: hay que andar con cuidado, porque estos zapatos transparentes pueden romperse, y un rato más tarde... los zapatos suenan y uno se despierta. ¿Qué tiene de raro? ¿No se había dicho ya que eran campanas? Resultado: el lector lentamente aprende a creer lo que se le dice, a creer que lo se le dice es verdad, “la verdad de un imposible”.

La intensidad inocente: inocente de toda programación, culpable solamente de ser intensa. De esa intensidad, viene la felicidad del lector: viene por el envión, por dejarse llevar a través de ese paisaje donde el lirismo está en todas partes, en ninguno en particular. En el propio andar, en el propio abandono, quizás.

burbuja en el pico de una botella

/

Dibujo una moto con plasticola rosa.
El papel vuela con el viento que me da en la cara, en la espalda, los ojos lloran.
La velocidad de mis manos no me asusta.
Voy por un paisaje en el que los cables de la tierra se conectan con el canto de los pájaros.
Es una intensidad inocente.
La seriedad me inquieta.
No busco llegar.
Viajo por una ruta de plasticola azul.
Cierro los ojos.
Con un par de guantes negros aprieto los manillares.
Qué canta el viento.
Qué quiero que escuche.
Nombro un monte de plasticola verde.
El cielo que enmarca el dibujo.
Mi ropa.
Un casco que se desabrocha.
Mi pelo hacia adelante.
Es mi pelo por todas partes del paisaje.
Abro los ojos.
No voy a caerme.

/

Dispongo una hoja de otoño en una pecera
en la que coloco un ventilador.
Si los muertos bailan no siento miedo.
Las palabras.
Mi madre a los 18 años dijo, estás loca.
Había hecho un objeto para que la belleza llorara.
A una cabeza de telgopor le delineé los ojos con maquillaje y le pegué en la mejilla una
gota de cristal.
Mi padre a los 18 años me fotografiaba con la cabeza rapada.
¿Festejaba así la rebeldía de la cabeza de telgopor comprado?
Pero no se quedaba conmigo. Yo no tenía las llaves de su corazón.
A mí me importan las sensaciones.
Más que la experiencia.
Las sensaciones hacen a la reflexión de una experiencia.
Ella es la depositaria de las palabras.
De los vivos.
A mí la muerte no me asusta si tiene un fin.

Como por ejemplo, querer.
Yo quiero un baile sin compás.
Cabezas que desfilan dentro de mi cabeza.
El sonido es el de un corte con trincheta.
En dos. Padre y madre y al revés.
Así entiendo el contorno de mis sentimientos.
Las hojas del otoño esperan una mano que las levanten de donde están.

/

Recorto dos amigas de papel glasé y salimos a pasear.
Nuestros pasos son notas de un piano alegre en un jardín que no tiene faroles.
Si nos soltamos de las manos nos perdemos.
El cielo nos mete dentro de una bolsa de tela.
Blanca. Limpia. Con olor a perfume.
Pero, si le hiciéramos caso, nos sorprendería una duda.
Salimos para afirmar.
La noche extingue los colores, las formas, el contorno de nuestros cuerpos.
Y, en vez de arrepentirnos, nos escuchamos mejor.
Somos una loba de tres cabezas, ágil y torpe a la vez.
Es imposible no caerlos con los ojos hacia adelante.
Y reírlos sobre el pasto mojado por un rocío artificial.
Nos olvidamos de la ropa
convertida en bandera que agitamos, acostadas, con las manos hacia arriba.
Flamea con el humo de las parrillas.
Con el humo de las chimeneas.
Con el humo de los cigarrillos de los chicos jardín.
Las palabras también se escapan.
Somos las que creemos tocar.
A una de mis amigas mi respiración le dice, torciste por donde iba
y a la otra, por fin.
Los pies se cruzan para alcanzar las flores.
Lo que arrancamos se vuelve dúctil.
Edificios con vidrieras.
Calles sin semáforos.
Somos cazadoras de los pájaros que sueñan buscándose en el aire.

/

En una aureola de humo de cigarrillo salimos de la cama.
Las nubes son rosas, violetas, celestes.
Buscamos las estrellas que no se ven.
Sin proponernos un tema, surgen coincidencias con letras que cuelgan de barbas y labios rojos.

Vos decís, ese invento lo imaginé mientras dormía.
Y yo te creo porque me visto igual.
A veces, la cerveza no alcanza para llenar el barril de mi mente.
Y llegás para que las cortinas de mi casa se impregnen con el perfume de un país soñado.
No son estatuas las que desfilan a lo largo de nuestras palabras.
Son gñomos taciturnos que consiguen un postre.
Quiero que vengas.
El día que mejor te quede.
Escucho el timbre de la puerta esté donde esté.
En el cielo las palabras importantes no se oyen.
Somos una luz que presiente la quietud.
Es la forma que encontramos de pensar.
Entre pitada y pitada lo que está por ocurrir.
Y se precipita después de un silencio.
La interrogación.
La lluvia.
Una estantería.
Libros muertos con palabras súper útiles.
Seamos así. Aureolas escapándose de una habitación.

/

Se nos vuelca un vaso de agua en el piso del patio.
Intentamos secarlo con pajitas y se expande hacia otros lados.
Un hombre le pregunta a su mujer por qué no compró pañales.
Una manada de pájaros vuela hacia su nido.
Una ambulancia estaciona en la avenida Nazca.
La copa de los árboles nos tapa la cara de esmero.
Si ensuciamos escuchamos el paisaje.
Llenamos un balde y dejamos que rebalse, con tal de no ver siempre gatos y palomas.
En cambio de pasar a otra cosa llevamos un registro.
En tal casa tal palabra.
En tal casa tal silencio.
Y, mientras tomo nota, vos tirás gotas a los vecinos.
Una varita mágica nos hace actuar directamente.
La lluvia.
Un mensaje.
Alguien fijándose en nosotros.
¿No tienen nada más útil para hacer?
Escuchamos.
Y tiramos pajitas para que sigan el dibujo hacia las casas que no vemos.
Nos alejan con trapos amarillos.
Si cerramos la puerta los experimentos se tuercen.
Queremos avanzar.

Cuanto más lejos vayamos más posibilidades.
Descalzos y con vasitos comenzamos una caminata.
Qué palabras existen en las veredas.
Qué imágenes tienen sus silencios.

/

Globo.
Niño rojo.
Te inflo de infinito.
Así creamos una danza en el día que respiramos.
Si te vas te pongo una estampita en la mochila.
Yo no creo.
Para que nunca te pasen cosas malas.
Que un árbol enreda.
El azar es pinchudo.
El viento se vista inalcanzable.
Globo.
Niño azul.
Te inflo con tus ojos alegres.
Así creamos la astucia de los objetos que se ríen de la actuación de las palabras.
Somos una condensación.
Un festejo común de vírgenes y veredas, santos y casas.
Creo en todo lo que dicen.
Prefiero la ingenuidad.
Mi trato con vos es de un color claro.
Globo.
Niño amarillo.
Te inflo hasta el sol.
El hilo que está atado a nuestros cuerpos.
Así sostenemos las maravillas con una mano.
Y las soltamos invisibles en la noche.
Viento. No lo lloves, tan lejos, que no lo pueda ver.

/

Sostengo la razón con un turbante.
Tiene pinchos, margaritas, un lago extendiéndose hacia las raíces de la tierra.
Una toalla de moda.
Una sábana inscripta de los dos lados.
Un telar amarillo tejido con una máquina industrial.
Mi turbante no me turba.
Se imanta con los rayos violetas del sol después de la tormenta.
La luna está por la mitad.

En donde el cielo negro no le pertenece.
No quiero ser una planta o un animal.
Si no más bien los bebés que arropo con mi manta.
No importa el contorno ni la calidad.
Cura si se aprende a hacer un torniquete.
Con estas manos basta.
La danza de los dedos en el acto de la actuación.
Mi turbante es un moño que no se despedaza.
Un peinado que inventé.
Los brazos.
Hacia arriba del espejo destilan la pena de un accesorio.
Si mi mente crece mis pies me llevan.
Y sé volver cada vez que lo preciso.

/

La ropa para enamorarse tiene que tener más de dos mangas y un cinturón.
Vení, pasá, te digo, con un rompimiento de tela de avión celeste.
A vos te intriga pero te da miedo romperlo.
Yo lo estiro hacia tu cara que muta de un color a una pregunta.
No sabés por qué no existe una prenda con dos cuellos y cuatro mangas.
Yo quiero compartir lo puesto y después soñar con una casa.
Saltás hacia mí sin palabras.
El choque es el recuerdo de una flor de estación, contenta con lo que le toca.
La memoria de la memoria que la hace estar en pie, en un mismo cantero.
Sin darnos cuenta caminamos con la forma de una estrella.
No hace falta que los dos vayamos con los ojos abiertos.
Es por turnos.
El cierre está desabrochado.
Cuando me toca a mí avanzo por envión.
Me parece fácil transportar un gusto.
No detengo lo que veo.
Vestidos rosas de chifón.
El aire que doblan los carteles.
Un paquete de cigarrillos encendidos en un ritual con la forma de nuestra campera.
Botas.
Discos.
Anillos.
Cuadernos.
Si camino con vos no me importa si me adueño de la noche.

/

Para acercarme a lo que quiero, me siento.

La ventanilla del vagón de un tren es el marco que marca lo que pasa.
Un hombre anuda las cortinas y abre la ventana que lo despabila.
Un plátano mueve su sombra sobre una pared.
La mente es una pulpa de sombras que baila en la casa.
Hay rayos de sol en mi cara y dentro de los insectos que chocan con el vidrio.
No caen.
Se golpean.
Y buscan los frutos de las plantas.
Una madre decora con volados la ropa de una niña llorona antes del colegio.
La máquina altera la respiración.
Y la retengo para acompañarla a que busque los pañuelos como excusa.
Hay árboles que llegan.
Desde la ventanilla donde apoyo mi cabeza.
Escombros en contenedores que se encuentran por casualidad
y se imitan desde entonces.
Mosaicos en escuadra cortados con perforadora.
Hay aros en las orejas del paisaje.
Perlas doradas que destellan un augurio.
Dos narices que se chocan en un montículo de pisos.
El movimiento del operador es el movimiento de los pensamientos.
Sentada, los cables de luz se enamoran a través de una presentación técnica.
Las sombras de las plantas quedan atrás.
Una danza las invita a transformarse.
El viento mueve hojas que no me arrastran.

/

Construimos un avión de arcilla.
En las butacas hay flores de cemento con pétalos rosas y el iris amarillo.
Moviéndonos seguimos nuestra respiración dentro de otra.
Una vez en la cama nos tapamos hasta la cabeza.
El mínimo aire arrastra las cosas más pesadas.
Las flores de la cabeza nos llevan hasta un paisaje de estalagmitas.
En el que las piedras rosas, las piedras amarillas son palabras.
Húmedas, puntiagudas, heladeras.
Nuestras manos son una cueva.
Yo me siento protegida.
Del suelo brota una catarata violácea.
Una risa blanca.
Un molusco dorado.
Te sacás la ropa y te metés en el barro.
La repugnancia deja de existir.
Por mimetización de los materiales dudamos del aire libre.
Por donde pisás se ensancha.

Sentimos una expectación sin lágrimas.
Emociones condensadas en imágenes simples.
Arcilla.
Avión.
Cama.
La respiración del paisaje dentro de la nuestra.

/

El susto es un muñeco amarillo de peluche.
De la vidriera, sin permiso, se interpone en mi mente que lo compra.
Un chocolate calienta la tranquilidad con su color.
Y se produce una impaciencia cascabel.
Yo no cuido ni tapo ni alimento una mercancía.
El muñeco pide una dedicación de cachorro abandonado.
Desde una cajita de cartón, forrada con papel celofán azul, escribe una frase con marcador negro.
Esta es mi casita dentro de tu casa.
Y se desprende una bufanda gris con hilos plateados que comunica pertenencias.
Pienso en la palabra disolución.
La sobra.
Una correa.
El fondo de un cacharro.
Si lo persuado se queda.
Hay olor en un rincón de la cocina.
Un olor que habla.
Un olor que pide.
Un muñeco que no se deja acariciar.

/

Nos sumergimos en un vaso de cerveza.
Somos desnudos y dorados.
Decís, por suerte no escucho la cuerda de mi juguete.
Y yo asiento el aquietamiento de una máquina inservible.
La verdad de la ropa limpia son las manos, no un motor.
Y burbujecemos el placer de no ser parte de un imperio.
En el mar los diccionarios se disuelven.
Por obtusas y valientes que sean las palabras.
Nadar nos permite el piso de las cosas.
Te veo abierto y pienso como una manifestante.
Cerrarás los ojos.
Si dormitamos la casa es un partido político en donde sentir el destino de las horas.
Lo que queremos si no somos felices.

Tus brazadas son contra un libro comercial.
Cuando menos impaciencia mejor nos va.
Nuestras mentes se nutren de una nicotina que pronuncia una mansión.
En este vaso cabe nuestro barrio.

/

Alumbramos la conversación con la llama de un encendedor verde claro.
Salís del trabajo y contás, tu reina te da marcadores y hojas para empezar la jornada.
No estás feliz.
Y agregás, ella dice, esta es la flor que quiero y espera respuestas, no creaciones.
Te pido otro cigarrillo y acoto que lo mejor es lo que nos pasa por casualidad.
Conocerte.
Vos preguntás cómo se gobierna
si la casualidad tiene un gobierno.
Yo creo que todo tiene un gobierno pero no sé, cómo se manifiesta en este caso.
Y me siento de tu lado.
Decís, somos un tiempo en un cuerpo.
Esa mujer me fastidia.
Y te propongo caminar para arrancar las flores de los canteros.
Soplamos la llama verde que nos levanta.
En la ciudad las flores se compran o se roban.
Como el tiempo del trabajo.
De la mano buscamos pensamientos amarillos en las clínicas privadas de salud.
Queremos la palabra renuncia.
Odiarnos la palabra renuncia.
Los bolsillos de nuestras camperas se vuelven fértiles.
Los cabos se enredan a un mástil de nuestras intenciones.

/

Un paquete vacío de galletitas es nuestro espejo.
Somos acción.
Arrugas insistentes dictadas de las manos a la boca.
Un reflejo que pregunta.
Cómo es que hay hombres libres que trabajan.
Nosotros desconocemos el mercado por envoltorios roídos.
Qué amor hace al conocimiento de una opción.
El gris es un color de un antes y un después.
Mezclado de un encantamiento del paladar.
Así es nuestra forma.
Un cuerpo en transición.
Masticado.
Nos miramos deformados en un gusto.

Quiénes somos.
Comida que traga una aventura.

/

Queremos lo que queremos porque nos gusta.
Las palabras existen y nos atienden.
Hay hombres con sombreros en mis sueños que dicen, al revés.
Los caprichos son la esclavitud.
Si estás erguido no sos un gato.
Yo prefiero lo que prefiero.
Afilar las uñas por hacer algo.
Hay mujeres en mis sueños con los labios pintados que dicen al revés.
Las palabras no son de fuego aunque exista el maquillaje.
Yo creo en lo que creo.
A las nenas hay que prestarles atención.
Prolongar el misterio de sus charlas.
Hay hombres con zapatos de goma que escuchan cosas que no digo.
Las palabras son para entender.
Y queremos lo que queremos porque nos gusta.
Llevándonos de la mano por un parque silencioso.
Perdidos en un dibujo.
Sacudiéndonos de furia.
Secándonos la intemperie con un papel.
Desobedeciendo los anillos del lenguaje.

/

Dispongo un papel de calcar en toda la casa.
Me pregunto sobre el control de mi cuerpo en la mente.
Las llaves están colgadas en un llavero con forma de pajarito.
Las sillas arriba de la mesa.
Las cortinas anudadas.
Los colchones sobre la pared manchada de penumbras.
Las puertas de los roperos abiertas por la mitad.
Los platos con comida dentro de una bacha.
Una montaña de ropa de días sucedidos.
La mano tiembla.
Por más esmero.
Con un escobillón las pelusas se caen de mapa.
Las gamuzas predicen una distinción.
La razón es pobrecita.
La intención dice una oración personal.
El color del lápiz de los pelos.

El calco de la casa es una sensación transparente.
Hay flores en un jarro lejos de otras flores.
Pisos encerados que extienden un olor.
Cuadernos donde predecir días nuevos.

/

Quiero la incisión de la palabra nube.
Si me pongo un pantalón y un pulóver celeste se produce.
Dejo las manos y los pies vacíos.
El sol acompaña la piel limpiándola.
La transfusión de un color a la temperatura del cuerpo.
Intimidad.
La nube escribe nuestros nombres por el de ella.
El rasguño de un cuchillo sobre el tronco.
En el jardín de un museo el frío enfría un traspaso.
Dentro de las ventanas deambulan gorros de lana rosa y bufandas coloradas.
Nuestra sangre.
Un arcoíris absorbe significados.
Los invita a sentarse en el banco de plaza.
Se presentan sin pedir.
Por el vaivén de la ropa.
Un cuidador se vuelve desafiante.
El arte corbata y ya nos vamos.
La nube deja un camino con estaciones tapadas.
Caminamos sin zapatos por una avenida.
Nuestras manos se buscan en el aire convertidas en un cielo púrpura.

/

Encuentro una chica ciudad dentro de un campo.
Ella se la da, no sé de qué.
Se junta con otros animales y me mira.
Son un grupo doméstico con muecas de cuchillos.
Esperan algo.
La insistencia de una lustrada de zapatos.
Hay palabras de un recuerdo activo.
Mi madre, no te juntes con mocosos liberales.
Se las dan de.
No sé, de qué se las dan.
Viven a no jugar a nada.
Miran es lo que saben.
Quedate en casa si vos tenés amigos.
A mí me cuesta no entenderme con alguien de mi edad.

Hay una distancia.
Yo no me siento protegida.
De los parches de los pantalones.
A veces les devuelvo los ojos con los que me sacan la ropa.
Ellos se los tiran a los perros.
Huevos para que coman.
Con una rama escriben sus nombres por el camino.
La tierra borra mi dictado.
Hay una curiosidad en lo que odio.
Yo iría a su casa si me invitara.

/

Hago mandados.
Llevo un cobayo en el fondo de una bolsa, sediento, medio dormido.
Su cola trepa hasta mi mano y la disfrazo de pulsera.
Peluda para que los vecinos se distraigan.
Hay vida sin mostrar en el fondo de las cosas.
Un salto es un arrebato hacia lo que quiere.
Contento y contenido.
El adorno de un dolor que respira extendiendo su olfato hacia mí.
Soy la madre.
La abuela.
La hija.
La galerista.
Lo que soy para él, soy.
En la calle una pulsera viva fuera de lugar.
Como las mantas que quedan en el piso.
O rebalsan los canastos de la ropa.
Útiles lejos de la muerte.

/

Construyo un carrito para la escritura.
Lo engancho en la parrilla de una bicicleta verde antiguo.
Yo no escribo para inventar.
Escribo para expandir.
La mente de un elefante de cristal.
Quieto en una repisa contiene el aire de la prehistoria.
Movida.
Lo vuelvo fresco.
Transparente y quebrado a la vez.
La calle es el lugar de los sonidos.
Yo desconfío de la palabra recompensa aunque me atraiga.

Si busco me desconozco.
Prefiero llevar atrás.
Un carrito de madera en el cual hubo frutas.
Una mamá con su bebé en la espalda.
Produzco una oxigenación.
El viento en la piel de los pedales.
Las piernas conduciendo la visión.
Yo no escribo para el tiempo.
Soy parte de una fantasía.
Donde las acciones son rosas.
Los pájaros cantan en los patios de las casas.
Campanas en las iglesias.
Una radio dentro de las ambulancias.

/

Mi admiración por tus vestidos.
Confeccionados, en minutos, con telas de colores, compradas por capricho,
un día cualquiera.
Abrochadas con alfileres siguiendo fácil el contorno de tu cuerpo.
El fastidio de la ropa interior.
Que contiene la inexpressión del sexo.
Envuelta la mente con un pañuelo de seda oscuro.
Sostenida de emociones.
Tu forma de ser acompaña mis pasos con los sonidos de una guitarra.
Rasgada en una incompreensión dulce.
Yo escucho tu voz.
De chistes que interrumpen melodías clásicas.
Tus manos anilladas a lo que toca.
Una lámpara poema.
Un poema luminoso.
La decoración de la casa.
Los hombres troncos.
Los troncos hombres.
Con narices de payaso y nada para decir.
La voluntad de culminar un tejido de madrugada.
Bailando como locas en el living de tus pensamientos.
Aunque nos digan.
Locas son las palabras.

/

Subidos a un caballo negro con la montura dorada
llegamos a un castillo negro con una puerta dorada de papel.

Adentro hay un anciano inútil y gracioso.
Su cabello le llega a las rodillas con los colores de un plumero.
De una mano, cuelgan sus dedos con anillos y, de la otra, un péndulo.
Su cuerpo de gaviota, ablanda un sillón de madera y almíbar.
Los ojos son lombrices en un pantano.
Con una voz aguda dice, si llegan a un lugar es por encantamiento de los sentidos.
Yo no temo cuando entro a una fiesta con alguien de la mano.
Aunque esa persona no tenga el olor que necesito.
El anciano repite, de mi silla nace el hogar.
Las palabras crean lo que ven.
Yo me siento muda.
Vos te acercás a los muebles para comprobar su verdad.
Y se deshacen las alfombras y los caireles de las arañas.
Nos volvemos viejos de mirar.
Las palabras comienzan a decorar los dormitorios de la mente.
Y dejamos de ver un árbol después de otro.
Vos me sacudís con fuerza, sacándome del cuerpo una ilusión quemada.
Me gritás, algo así como, seguí a los animales.
Yo descubro una ventana y la señalo.
Abrazada a tu cadera lloro anillos de oro.
Para indicar hay que moverse.
Escribir no es sentarse.

/

Nos encontramos vestidos de igual manera.
Sobre la mesa de luz, tirada en el piso, amontonada en un rincón, la ropa a mano.
No me provoca tristeza ponerme todos los días lo mismo.
Un pulóver marrón, un pantalón azul, botas negras en punta y medio taco.
Mi ropa en los demás es pobre.
En mi cuerpo es alegre.
Mi madre intenta cubrirme con un vestido blanco escotado en la espalda.
Dice que la hermosura está en el color del algodón.
Yo no quiero lo que me regalan si me hace sentir una alcancía.
Me aterra pensar que introduzco monedas en mi mente.
Mis padres creen que soy una de ellos.
Yo me acomodo en la ropa de otros y llevo perfume.
Yo me acomodo en la ropa rajada y respira una flauta.
Yo moldeo una vida, dentro de otras, del vestido.
Gasto tiempo en segundas oportunidades.
Con este pantalón cuadrillé negro y verde creemos que hablamos desde un parque.
La tela repetida se vuelve una oración
pronunciada por una campesina que es la pionera de sus flores.
Nuestras palabras iguales defienden lo que ella manda.

Su delantal lleva hacia adelante accidentes del tiempo.
Removemos la tierra, la olla, los mandatos.
Los poemas son coincidencias de ocasión.

/

Creamos un recuerdo de una ciudad desconocida.
Esta es mi cama en una habitación en la que nunca había estado.
Por la ventana vemos rutas que comunican a otras rutas.
Puentes grises de los que cuelgan árboles con flores.
Tenemos para visitar un cuadro cuando nos levantemos.
Hay mujeres sentadas, al lado nuestro, que utilizan las manos para que nazcan
trenzas con hilos de colores.
Mujeres que mezclan un esmalte para depositar el reflejo de una experiencia al aire libre.
Mujeres que amamantan sentadas sobre un cajón de manzanas.
Y, cuando terminan lo dan vuelta, colocan una manta y lo transforman en cuna.
Niños con jopo y niñas con hebillas con forma de frutilla, por aquí y por allá.
Hay hombres añosos que tocan arcilla y producen sonidos de un instrumento.
Queremos un regalo.
Un recuerdo para colgar en nuestra casa, creándose en este mismo momento.
En un puesto suena una campana.
Una mujer, con la ayuda de una aguja, dirige burbujas de vidrio en el aire.
A pedido hace lo que queramos.
El instante en que la burbuja pasa a la formación de la figura es nuestro amor.
La formación de una forma.
La forma de una formación.
Si la empaqueta no la vemos.
Llevamos de la mano un pato de vidrio.
En el medio de los dos un recuerdo, vivo, de una ciudad que no conocemos.

/

La verdad es una mesa recién lustrada.
Donde las migas de pan, con la respiración de una pinza, quedan mudas.
Hay un encantamiento de la visión en los lugares a los que las palabras no llegan.
Resbalan por una colina.
Convirtiéndose en bichos de tierra y oxígeno.
Un país auto que nos transporta por imantación.
La verdad es un imán con una gorra de la suerte.
Una capa de piel sintética con botones afelpados.
Un resguardo de la temperatura de las ideas.
Sin sonar a nada.
La verdad es seca.
La caricia de una montaña de escombros pisados por nuestros zapatos.

Una libreta con espiral.
Las hojas blancas se manchan con los colores de un rumbo.
Un amuleto de la mente al soltar las manos.
Los espacios lisos donde rebelarse.
La verdad es la llanta de la rueda del auto.
Un funcionamiento que sirve a otro funcionamiento.
El repuesto de una pronunciación.
En una mesa recién lustrada colocamos refrescos en forma de corazón.
La verdad es una superficie que vuela.

/

Soy una señora con la cara más grande que el cuerpo.
Tengo un vestido blanco, zapatos negros y anteojos de sol.
Estoy en la vereda de mi casa con una correa en la mano.
El trabajo nunca fue un problema para mí.
Siempre me las ingenié.
Con cualquier cosa hago plata.
Tengo un entusiasmo que entusiasma.
Un aire de princesa que llama a otras princesas.
Ganar es sacar provecho de lo que no te da el mercado.
Cierro los ojos y cuando los abro siempre veo el mismo rincón.
Un llavero al lado de la puerta de entrada, en el cual está colgada,
desde que recuerdo mi nombre.
En el barrio hay perros y dueños sin tiempo.
Mi tiempo es un collar de plata desprendido.
Si salgo de mi casa y me paro en la puerta con él, la gente pregunta.
Mi cara es un folleto.
No quiero enloquecer.
Es fácil hacer dinero.
El tema es cómo llevarlo.
Lo que yo puedo es así.
Cuando te levantás vestiste para un cuadro.
La solución está en su sitio.
Tus manos garantizan un paseo sin perderte.

/

La felicidad es el reflejo.
Un cuadro en el que bailamos, con otros, en una fiesta.
Ocupar un salón que tiene mesas con vasos que se llenan, si pedimos.
Un payaso anima.
Para un festejador somos sus regalos.
Una vidriera divide las clases, de caprichos, a las que pertenecemos.

Un vaso de cerveza que rebalsa.
Me atraen los vidrios rotos en la puerta de los árboles.
La permanencia de recortes sobre un tronco.
¿Los materiales distantes se quieren por casualidad o por convicción?
Yo los encuentro siempre.
Testigos de preguntas de negocios.
Hago una escultura en mi mente.
Sobre la mesa coloco uno de ellos.
De un lado, dibujo la cara del cumpleañosero y del otro, un payaso.
La felicidad es una yuxtaposición.
Con la espuma, alrededor, escribo con mi dedo
palabras que se absorben con un trapo.
Revoltijo,
revoque,
revuelta.

/

Estoy en un campo.
Con un pantalón negro con pintas blancas y una camisa blanca de hombre desabrochada.
Mi torso desnudo nutre el paisaje.
Mi torso desnudo se deja nutrir.
Hay cardos violetas que se empapan con la lluvia de mi mente.
Las retamas cosen con hilos de viento una corona.
Pienso en un hombre.
Como un hombre.
Pienso en una mujer.
Como una mujer que toma a su hija de la mano para que no tenga miedo.
De la noche.
Hay un sol tan fuerte que provoca el olvido de palabras de troncos.
El cielo es rosa con ribetes naranjas.
Los toco con mi ropa.
Los toco con mi desnudez.
Los pájaros cantan dentro de mí.
Mi vientre se llena de animales vivos.
Respiro con ellos las capas de la tierra.
Fumo un cigarrillo para ser parte del aire que me inventa.
Las aureolas decoran la cueva de alguien que abre los ojos, por primera vez.

/

En mi vientre tengo un bebé.
No quiere salir.
Qué le pasa.

No tengo ropa.
Ni un pañal.
Qué clase de madre soy que no preparó un bolso.
Una señora de río me ayuda.
En su casa guarda recuerdos que me sirven.
Y me muestra un bote amarrado a un árbol con flores naranjas.
Desenreda una soga y me hace subir.
Yo dudo en la noche de nuestra presencia.
Los bebés están en un cuerpo en el que no pueden mirarse.
Tengo que mover las piernas.
Como si fueran remos que nos asisten en la soledad.
La felicidad viene por envión.
Para que se pronuncie hay que acercársele.
Así, llegamos a una isla de emergencia.
Mi hijo está inmóvil.
Yo no siento peces moverse en el fondo.
La señora me acaricia el pelo.
Hay animales en la profundidad de la mente.
Que salen por los ojos cuando uno se recuesta para verlos.

/

En mi casa no hay paredes.
Cortinas con flores separan los ambientes.
Fondos rojos con ramilletes blancos.
Huelo a jazmín.
Los telones nos despiertan.
Cada acto con las manos de los niños.
En los cuartos hay ventanas dibujadas.
La cocina es de muñecas.
Los amigos aplauden, en la calle, la exposición de una aventura.
Hay hombres que creen que un modo de vivir es cualquier cosa.
Y nos invitan a nadar desnudos en una plaza.
Yo no quiero.
Estoy bailando.
Y les preparo tragos en vasos diminutos.
Los vasos sonrían.
Se chocan y producen una música.
Se derrama un licor rosa que decora el piso.
Son agujeros que, si los seguimos,
pronuncian un eco.
Juntoooooos.
Juntooos.
Juntoos.

Juntos.
En mi casa no existe la palabra cerradura.

/

Un hombre apunta con un rifle.
No sabe que estoy
en el fondo de la esquina de su casa.
Mis gatos me enredan las piernas
como si el temor pudiera cercarse.
Yo creo que hace falta tiempo para que la confianza exista.
El hombre quiere verse de noche en un espejo
tantear la consistencia de su cuerpo que late como el del gato al que apunta.
Grito por dentro.
El tiempo que dure el hombre en descifrarse en la mirada de otro.
El silencio es una persecución.
¿Por qué no huyen?
Los ojos de su presa esperan algo.
Una caricia.
Que lo haga pasar.
Comida.
Nunca la muerte.

/

Una chica olvidó dos bolsos en la puerta de su casa.
¿Olvidó?
¿Alguien se los sacó?
¿Los tiró?
La puerta que veo
¿será su casa?
Dónde vive la chica que deja una carpeta negra con elásticos y hojas de colores brotando.
A mí me salpica un nombre que no llego a leer.
Letras bañadas en un charco de barro rojo.
Una amiga me llama.
Quiere que suba una escalera que comunica los buenos momentos de la vereda
con los buenos momentos de la casa.
Temo caerme.
Para ir no alcanzo una esfinge de hilos de oro que nace del borde de una camisa.

/

Camino y pateo una bolsa transparente.

Mi piel es marrón.
De agua.
Mi venas son celestes.
Las partes de mi cuerpo se mueven con moños de colores de las fiestas
y envoltorios en los que, hasta hace un rato, había sorpresas.
Si continúo me abro.
De mí salen colores,
formas,
aromas del encierro en el aire.
Soy un arcoíris que traspasa una caja embalsamada.

/

Tengo un vestido acampanado
naranja
amarillo
rojo.
Piso los canteros que bordean las calles.
Una flor se abre
salgo de mis pensamientos hacia donde se producen.
Las conversaciones estallan.
El viento roza la ropa tendida en los balcones
vidrios estrellados de los autos
pisadas de chicos que salen de la escuela
que corren y se tapan la cara
que se ríen y corren
hasta moverme.

/

El camino de la casa
la escuela
los mandados
es una forma de nombrar personas que se quieren.
Ayer, encontré una pluma fucsia fosforescente
una flor violeta de plástico.
Mis piernas transportan sensaciones.
Estoy atenta.
Abro puertas estacionadas de las aulas
los comerciantes
los dormitorios.
Si me muevo profundizo un trazado.
Dejo que el viento marque mi piel con un tatuaje transparente.

/

Trepa un árbol.
Rosa.
Marrón.
El cielo refleja mis pies.
Buscan.
Un consejero me espera.
Mitad niño anciano.
Su piel es rasposa.
Me besa la frente.
Con sus manos levanta una sábana encima de nuestras cabezas.
Agita las sombras.
Ser fuerte cada vez.
Una mujer mitad niña se acuesta al sol de espaldas a las palabras.

/

Tengo zapatos de campanas.
Blancos.
De vidrio.
Suaves.
La bata de entrecasa.
Los cuido, son corazones.
De las personas que quiero.
No me da miedo si veo un agujero por donde escapar.
El fondo de una pileta no es un lugar para amar.
Estos zapatos me despiertan.
El mundo se acerca a mí.

/

Tomo una decisión sin guantes.
La piel con la piel de las cosas.
Me gustan los hombres que dicen
a mí me fue bien porque creí en mi ser metal.
No perdí tiempo en hacer algo distinto a lo que soy.
En mi cuello los rosarios son pensamientos que te miran.
No hay prohibición donde entrás.

/

Salí de la pieza azul.
Qué mirás.

Perdiéndote en las caras de estas muñecas.
No se levantan.
Moverte es gritar
hasta escuchar animales salvajes que nos transforman.
Las camas no son cuevas.
Despertando lo vivo del empapelado que se despezada.
Vayámonos, por ahí, a hacer un dibujo que borre.
Invitadas por siluetas de otro lugar.
Que nos balanceen hasta hacernos perder los recuerdos.
Te miro amarilla, roja, sonriente.
Fuera de la habitación.

/

Tengo un bebé de barro.
Tiene ojos azul ballena.
Me mira y yo a él.
Sonríe sin dientes su lengua roja.
Es lo único que hace.
Yo no entiendo su respiración.
Es el surco de una aleta sobre la arena.
Aparece y se va.
Somos una pieza de arte transportable.

/

Me llama mi madre.
Mi padre.
Suspendidos en el aire.
Soy alta.
Con las manos en cruz viene el silencio.
Arrastramos los pies sobre la calle.
Mezclamos la tierra.
El paisaje se calma.
Llevamos mochilas vacías.
Hacemos una excursión a la casa
la mesa
la comida.
Nadie le pide nada a nadie.
Excepto estar en su poema.
Un dibujo con los colores de los sueños.

/

Yo quiero música y voy a verte.
En el escenario los cables no funcionan.
La voz más suave es la de un pájaro.
Me subo a un carrito transparente con las barandas de un barco.
Manejado eléctricamente mi cara contra los árboles de eucaliptus.
El sol sale desde tu casa.
Mira por encima de tus hermanos.
Tengo vergüenza.
Estás vos con un bebé descalzo.
Abro un portón de madera y busco medias
cordones
un broche
algo que nos una.
Froto el cuerpo del bebé y te lo devuelvo.
Robo una patineta del galpón
que me hace saltar cada vez que levanto un pie del piso.
Canto una canción amarilla y te alcanzo en la niebla.
La calle es un silbido que raspa.
Mis zapatillas dejan huellas de barro de tu jardín.
Tu ojo luna me acompaña siempre.

/

Camino con flecos en las manos.
Un niño llora su perro enfermo.
Blanco.
Peludo.
Chiquito.
Un solo ojo.
Porque sí.
A veces, pasa.
La muerte es una posibilidad.
Una malformación.
El fin de un dolor.
La madre abraza un entendimiento ciego.
Yo estoy atrás.
Produzco el viento que quiero que les llegue.
Despidiéndose con cara de flor, estrella, pájaro
y, después, lloren.

/

Viajamos en auto con las ventanillas bajas.

Ir es una posibilidad contra el miedo.

Los perros sacan sus caras afuera

y, con las patas, raspan las piernas para que creamos.

Ladran al viento que entra y nos impregna de humedad.

Más arriba no sabemos qué pasa.

No nos importa.

A la vera del camino queman montañas de hojas.

Las chispas nos asaltan.

Las palabras nacen de la luz.

Querer saber no es un esfuerzo.

Es un fluido.

Nuestro cuerpo es el paisaje que pronuncia sonidos, sin resistencia en nuestras mentes.

Trabajo

Exposición

Quiero llegar a una exposición y ubico a mis hijos dentro de una canasta,
en el asiento del coche.

Yo no tengo tiempo durante la semana.

Antes, hacía una salida partida por la mitad, una plaza y un museo,
un cumpleaños infantil y un bar.

Después con dos hijos perdí el impulso de los paseos.

A ellos les digo que, después de un lugar lejano, iremos a otro donde hay pochoclos.

La comida funciona como una ilusión y lo que está a punto de ocurrir,
como ilusión de esa ilusión.

Por suerte, en los museos hay sandwichitos

y no me importa gastar el dinero que gano en una semana en una tarde.

Puedo ser feliz si me descuido.

Tomo un camino desconocido y me pregunto,

con qué velocidad se llega y se recorre el tiempo libre.

Me concentro en el cielo para obtener señales de reconocimiento,

¿sabrá que soy la misma que todas las mañanas,

antes de dejar mi huella digital en una máquina,

lo observa con la intención de la iluminación de un arrebato?

Benteveo

En la playa mi hijo se entretiene con camiones de plástico llenándolos y
vaciándolos de arena y agua.

Yo juego con él, alcanzándole los baldes que precisa para su
experimento.

Mi hija juega llamándome.

Mamá, vení conmigo.

Acompañame.

No quiero estar sola.

Divertite.

Divertime.

Divirtámonos.

Quizá para ella observar sea una pérdida de tiempo
o una manera triste de aprovecharlo.

Desde que recuerdo,

me mirar el movimiento de las cosas.

Como si captara el crecimiento de las uñas, las flores,

las emociones que crecen en silencio.

Mi hija dice que conoce el paraíso y me pregunta, si quiero que me lo muestre.

Yo acepto para satisfacer su deseo y me doy cuenta que, algo del propio, se genera.

Antes de la exploración que supone llegar, nos sentamos en la cima de un médano, desde el cual, nos acercamos a un benteveo que canta sin interrupción. Su garganta se estira y contrae y escuchamos cómo otros le contestan.
¿Le contestan?
¿Qué se dirán?
¿Habrá preguntas en sus paires?
Mi hija imita al pájaro.
El benteveo se comunica con ella.
Yo grito por dentro un dolor que se libera si me dejo llevar por otros que quieren mi cabeza para acariciarla.

Noche

Si no hago más actividad que la que mi cuerpo de princesa le dicta a la mente de princesa no hay empujones.
Por la noche los pijamas son perfectos y, al día siguiente, migas de un sándwich que se dejó mucho tiempo en la boca.
¿Cómo duermen las manzanas?
¿Cuánto dura su color?
¿Se mueven en los cajones de madera?
¿Cómo duermen los pescados?
¿Gritan, a través de sus orificios, a los pescadores, al público, a los comerciantes?
¿Se cierran los ojos entre ellos con sus aletas congeladas?
¿Las moscas son las hadas que los despiden cuando los negocios bajan las persianas?
¿Qué sustancia tiene la trascendencia de algo que será comido?
Si no hago de más, capto la línea del tiempo por donde voy y no dejo que nadie me exija algo que no quiero.
La estufa calienta las remeras desgastadas con las que duermo.
Tengo 5 de manga corta para tapar los agujeros de la piel descubierta de los brazos.
Interpongo parches de cruces.
Manzana x Tamara. Pescado x Tamara. Pijama x Tamara. Trabajo x Tamara.
Una relación de flechas de amor.
Abro la heladera y saco la última fruta del mes.
Dibujo con birome nuestros nombres y clavo dos palillos en los extremos.
Y siento que una obra de arte me pregunta, ¿te gustaría inventar?
Me desnudo y, en cambio de rasurar el vello crecido del invierno, lo intervengo con el mismo color negro de la birome que utilizo para anotar deberes en un cuaderno con espiral.
Sobre mi axila escribo Pelos x Tamara. Pelos x Trabajo.
Y soy un animal en una avenida estrellada.

Liebre

Las luces de un auto bastan para iluminar por donde vamos.
La tarde cae de golpe violeta, rosa, negra.
Estoy sentada en el lugar del acompañante, con una lona en las manos,
una canasta con residuos de la merienda y paletas con sal.
Mis hijos gritan de cansancio en el asiento de atrás.
A mí no se me ocurren palabras milagrosas que los calmen
hasta preparar la cena.
Y dejo que el bullicio sea la verdad de un imposible.
A veces, para calmarme les canto y ellos me dicen que no les gusta.
Que una cosa soy yo y otra cosa son ellos.
Y, como admiro su capacidad de diferenciación,
intento concentrarme en la necesidad del capricho y la pelea
y comprender que, la expresión de un disgusto, cesa cuando se desagota.
Los focos del auto iluminan mi incapacidad de actuar con una sombrilla
atravesada a la cintura.
Los objetos nos paralizan.
Hasta que, para llegar a la casa, atravesamos una calle de pasto por la que cruza
una liebre y a mis hijos les digo, ¡miren, ahí pasa una libre!
Las palabras surgen por sorpresa.
El silencio está fuera de cuatro personas descalzas con remeras húmedas colgadas del
cuello.

Apretada

A la mañana, el sol de otoño me aprieta la campera verde que tengo desde hace 15 años.
Cuando trabajé 9 horas en una oficina de Avenida de Mayo
para administrar la producción de chacinados.
Cuando corrí al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación
para redactar textos sobre los derechos de la mujer.
Cuando pedí comida a un restaurant para estudiar
la Historia del Periodismo Argentino.
Cuando me quería enamorar y ese era el centro que intentaba ubicar
en una mesa repleta de carpetas y un cable de teléfono.
Cuando el trabajo y el estudio eran cosas mientras que el amor era una persona.
Ahora es diferente. Tengo un novio y un trabajo.
Y pienso, todos los días, en la importancia del amor por sobre las obligaciones del dinero
mientras observo la claridad que cae sobre la luna,
los semáforos y los camiones que andan en una dirección contraria.
En unos días, tengo que ir al médico y me pregunto,
cómo expresar esta situación en el trabajo.
¿Pediré una licencia por enfermedad o por día personal?
Los días personales se dan sin tener que decir lo que a uno le pasa o lo que uno

va a hacer.

Temo que la retórica laboral devore mis secretos.

En el colectivo, una chica de mi edad pasa con un corte de pelo igual al mío.

Otra, está vestida con la misma ropa que me puse ayer.

Una chica de mi edad saca a los chicos del colegio.

Otra, está acostada en una camilla de cuerina negra con una almohada blanca y un camisolín verde claro.

Una chica de mi edad me dicta tonalidades de luz natural para no olvidarme de quién soy mientras trabajo para otros.

Piñas

Me doy cuenta de la negación de la naturaleza por parte del capital en estas piñas que crecen en la cima de los pinos.

Rosadas nenas en pos un tronco tronca que, a su vez, se multiplica en cientos de ramas ramos para sostener el ciclo de las novedades.

El esfuerzo de una clase sueldo básico para la concreción de sueños ajenos.

No alcanza este pino para sostenernos

o sí, si destruimos el sacrificio.

Yo quiero una vida piña que me despierte, a tiempo, donde no hay admiración.

Quebec

La casa es suave si la dejo como quedó a la noche.

No me molesta el frío del patio.

La mente que busca a los chicos dormidos y les lleva la leche.

Las caricias de la imaginación no bastan para alumbrar lo nuevo de los días.

El sueño necesita de un tiempo distinto al del colegio.

Yo los entiendo enojándome, vamos que voy a llegar tarde a un trabajo que les da de comer 11 horas por día.

Si salgo a las 8 de la mañana regreso a las 8 de la noche.

Si salgo a las 9 llego tarde.

Mi carácter es un apuro por la llegada, más que por la partida.

Camino y pisamos las hojas del otoño, la luna llena nos hace pedir deseos, un control remoto para un auto de plástico, un caballo con cuerno, que los días se parezcan a la bruma de los atardeceres en verano.

Ellos no quieren quedarse donde los dejo.

Yo insisto con frases que necesito pero no siento, ganar dinero para comer, pasear, vestirnos y vacunarnos.

A veces, pienso que no quiero sentir sino entretenerme.

Por eso, intento despertarme a las 5 y ser la primera en llegar al trabajo.

Cuando nadie me ve, miro a través de una pantalla cosas a favor de lo que desconozco.

Después, respondo correspondencia con la rapidez de los ojos de los dedos que quieren bajar en ascensor y encender un cigarrillo.

Hay un aroma de una chimenea infantil en las veredas de una ciudad que conozco
y no sabe quién fui.
Recojo una hoja y la pongo al lado del teclado.
¿Cómo bailará?, así y asá, creo movimientos antiguos en la naturaleza futura.
Si suena el teléfono respondo.
Cuánto dinero me hará falta para salir más temprano.
Y pienso en la palabra tragar.
Mis compañeras se dan cuenta de que por días podría no almorzar.
Y para no mentir voy a Quebec una confitería
en la que las chicas usan cofias y botitas verdes.
Veo las cajas de bombones y pienso en mi familia.
Un hogar hecho de moños, flores y cintas con purpurina.
Quiero llevarles algo a mis hijos pero no sé de las cosas, sé del momento en que regreso.
Y recojo el pijama que quedó tirado en el baño
y se los pongo y esa es una forma de abrazarnos
por las horas en las que ninguno supo qué le pasó al otro.
Doy vuelta el reloj despertador. Las agujas hacia los costados impiden la funcionalidad.
Y dejo que mis hijos coman bananas sentados arriba de la mesa.
La luna nunca se fue de donde la vi temprano, enganchada, en el techo del patio.

Caballo

Mi hija quiere un caballo.
Mi hijo cabalgar en otro, distinto al de ella, que no sea petiso.
Mis hijos no le temen a la altura ni a los animales pesados.
En sus manos los látigos son lápices de una enseñanza que no tuve.
Entre el viento y el pelo del animal.
Escriben, andá por allí, no, por allá.
¡Cabalgá!
¡Mostranos oro!
El paisaje nos provee de caballos areneros y cirujas.
Mis hijos relinchan animales de carga.

Abrochadora

Mis hijos dicen cosas con la precisión del contorno de una montaña,
no jugás lo suficiente.
En la casa se apilan los instantes.
Escucho.
Mi madre dice, tender las camas, hacer la comida,
poner las colchas para el frío es amor.
Y yo la esperaba en un banquito para que se sentara al lado mío.
Una taza con té caliente esperaba ser tomado
y lo tiraba por entre las rendijas de la piletta de la cocina.

Yo ejercí la precisión.
Ya pasará. Tomá, acá tenés la leche. Qué te gustaría hacer a la tarde.
Son movimientos contentos fuera de pista.
La creencia tonta que puede ocasionar la compra de una pulsera
hecha con hilos de colores y que, un deseo, se realice al desatarse.
Es un día soleado como nunca se conocerá la luz en una oficina.
Pongo la música de los pasos de las personas
que quiero bailen entre las carpetas por abrochar.
Tener hijos es una constante invitación.
Sacar piojos, poner agua a hervir, sacarle punta a los lápices.
Yo prefiero no ver con los ojos dormidos.
Como en las conversaciones que tienen los estudiantes
en los colectivos que me alejan de mi casa.
Las chicas medicina y sus pestañas cadáveres.
Los delantales de los niños que salieron por el canal de parto
y entran a las escuelas.
Los espacios blandos de vasitos de telgopor.
Si los juntara tendría una hilera de retratos de mis compañeros de trabajo.
Una forma de sacar fotografías usando las manos de obturador.
Yo a mis hijos les pregunto, cómo te fue, con quiénes jugaste, ¿alguien te burló?
Y construyo una predisposición contra el estilo de las instituciones.
Saco la decoración de las paredes de la familia y la aplasto con los pies.
El movimiento hace que las cosas exteriores se acomoden dentro de mí.
Un poema que ensayo mientras sucede.
Tiene citas de libros amarillos y golpes de botas de lluvia contra chapas.
Podría ser un techo, una pantalla, una parrilla.
Un material que nos protege y suena tan fuerte
como el pedido urgente de alguien que te quiere.

Flores carnosas

Enredaderas del piso.
Trabajo rosa. Violeta. Amarillo.
Invádanme.
Cúrenme.
Hagamos una transfusión de su sangre a mi mente.
Mi corazón las admira.
Qué suerte tengo de conocerlas.
Que, con tan poco, crece belleza en los alrededores de una casa.
Desde el fondo de la arena donde, casi, no llega el agua del mar.
Contáguenme el sol que brilla en sus pétalos de padres desiertos,
amigos y el humo de los asados.
Quiéranme cerca. Las protegeré con mis ojos que lloran para regarlas.
Y me pare y bailemos agarradas de los tallos carnosos

que las atan a la tierra e invente un paso para enredarme con ustedes
y ser parte del paisaje que presenta este momento.

Chico

Me gusto como chico en el espejo.
Con un marcador negro escribo la palabra trabajo sobre los vellos de las
axilas y los bellos de las piernas.
Llego y ni hace falta mirarme.
Sé lo que tengo que hacer.
Nadie pregunta quién soy.
Tengo una corbata, desde hace mucho tiempo,
para pasar en limpio papeles que no se firman.
Me desabrocho el último botón de la camisa.
Abro una ventana que da a un edificio en el que todos los días
alguien cuelga camisolas de monjas blancas.
Escucho una manifestación de estudiantes secundarios.
Tiro un papel fuera del cesto sobre la fórmica negra.
Escucho el ladrido de los perros
que amenazan con escaparse del guante de los paseadores.
Bajo.
Enciendo un cigarrillo.
El cantero del edificio dice que, si se me ocurre algo distinto a lo que hago, el día estará
salvado.

Seguridad

Una hamaca es un lugar seguro.
El lugar desde el que critico la casa, el trabajo.
Cuando salimos las sábanas de las camas se alzan.
Las tazas y los platos también. La ropa queda en un estado de confusión.
Es agradable la plaza. Virgen. Pulóveres. Sahumerios. Globos. Calesita. Copos de azúcar.
Nubes. Motos. Padre. Gorro. Mamadera. Anillos de alpaca. Palomas de calabaza.
Perros. Monedas. Manos.
No se vayan por ahí. Vengan por acá. Tan lejos, no. Que yo los vea.
Cuando llego el orden se impone, lávense las manos. Hagan caso.
Ayúdenme a no perder el encanto.
Quiero ser una mujer paseo. Una casa exterior que regresa a su piel.

Rayada

Remera

Para amamantarte me pongo la remera a rayas.
Blancas y rosas.
¿En qué colores me verás?
Apenas abris los ojos.
Gatito. Bebé. Bomboncito de mamá.
Decile hola a la tía.
Ella es buena. Escucha.
Cachorro. Nubecita. Pomponcito.
Dicen que las rayas de las cebras son distintas y que, cada cría,
tiene que memorizar las de su madre.
Yo no te quiero perder.
Esta es nuestra remera presa.
Te veo frágil.
¿Cómo me sentirás?

Caramelos

A través de la ventana veo envoltorios de caramelos bailar en el aire.
Yo me acuerdo de que soy chica.
Mi hijo duerme la siesta.
Mi hermana salió a trabajar.
Yo trabajaba hasta que me dijeron, volvé cuando te prepares, fijate tu situación.
Ellos no entienden y yo tampoco.
Mis manos no están listas para coser carteras.
Si no para desarmarlas.
Quiero una bolsa de caramelos con sabor a frutilla y a limón.

Hermana

Es más chica que yo.
Más linda.
Más alta.
Más flaca.
Con trabajo.
Sin hijos.
Morocha con cabello liso hasta la cintura.
Siempre con un perfume nuevo en el bolso.
Una billeterita.
Unas sandalias que encontró en oferta cerca de la estación de tren.
Su ropa floreada que recuerda el lugar donde nacimos en la ciudad que adoptamos.

Ella no tiene novio.
Y dice que no lo busca para no decepcionarse y que aparecerá como los fantasmas
en las noches en que no podemos dormir por el calor.
Dice que el trabajo es su motor.
Que la hace levantar y cumplir deseos de vitrina.
A veces, nos peleamos.
Yo soy gorda.
Petisa.
Ando con la ropa que encuentro desparramada.
Mi hijo es la decoración de mi cuerpo.
No quiero trabajar.
Mis deseos son dulces.
Yo tuve novios.
Yo tengo un ex novio que me llama a la madrugada mientras mi hermana duerme.
Para que no se enoje hablo despacio.
Ella paga las cuentas y yo limpio la casa.
Así arreglamos hasta que las cosas cambien.
Si me encuentra haciendo algo que me perjudica se saca una de sus pulseras doradas
y me ata a su muñeca.

Televisión

Yo veo televisión a la tarde como si me reuniera con amigas.
En esta ciudad no tengo y me doy cuenta que hay mucha gente que busca a otra.
La televisión me tranquiliza con sus colores, sus palabras y sus caprichos.
Soy la televisión.
Mi hijo me mira y le cuento cómo una chica, que tiene mi misma edad, fue abandonada
por su madre porque no tenía dinero para darle de comer.
Un día, la madre se comunicó con los padres adoptivos y le dijeron que estaba muerta.
Cuando ella creció su mamá adoptiva le dijo que no era hija natural y, después de 38 años,
fue al domicilio donde la había dejado su mamá biológica y le dijeron que tenía una
gemela.
Ella aparece en la televisión con el impulso de una esperanza.
Habla sin odio, sin resentimiento, sin echarle la culpa a nadie.
Su objetivo es encontrar su alma gemela.
Lloro y una lágrima se cae en el sonajero de mi hijo.
Él lo agita como si se diera cuenta que necesito una caricia.
Así llamamos a la tarde que, por la ventana, atrae a mi hermana del trabajo.

Gajos de mandarina

Así es la relación que tengo con mi ex novio.
Se desarma con las manos que sostienen los teléfonos en la madrugada.
Nuestro vínculo es de aire.

Que reconduce las ondas sonoras de seres que se necesitan sin quererse.
Tengo que hablar despacio.
Si mi hermana se entera, en el cuarto de al lado, me corta la comunicación.
Ella no quiere que ande, de chiste, con nadie.
No es el tipo de hombre que necesitás vos, me dice, ni el padre por teléfono para un hijo.
¿No ves que te quiere de rehén?
Pero, en la noche, las estrellas golpean el vidrio de mi ventana.
Brillarás, dicen, y yo creo que la única manera es con amor.
No sé si habrá otra forma.
No conozco.
No recuerdo.

Globo

Cuando la casa está quieta me siento imaginaria.
Y, si nos movemos me siento real.
Es una oscilación del ánimo, un péndulo que no controlo.
Mi hermana sale a trabajar.
Mi hijo llora de hambre.
Mi hermana no llama en todo el día por teléfono porque no la dejan.
Mi hijo se queda dormido.
Cuando la casa está quieta no me dan ganas de moverme.
Por qué me movería.
¿Para hacer ruido?
¿Para decorarla con mis pasos?
¿Para no escuchar lo que piensa mi corazón y lo que siente mi cabeza?
Mejor tiendo la cama así no más y me echo como un perrito que disfruta
de los rayos del sol que rebotan en la pantalla de la televisión.
Yo miro lo que otros hablan.
Mi hijo lo que veo yo.
Y se produce una constelación de los sentidos que no me animo a tocar.
Un globo de carne.
Rosado sobre mi pecho.

Disco

En la casa no tenemos radio.
La televisión nos informa si va a hacer frío o calor.
A mi hermana la incomoda que la encienda a primera hora del día.
Me dice, cuando me vaya hacé lo que te parezca pero mientras esté yo,
te pido que no interpongas imágenes entre nosotras.
Según ella, yo tengo adicción.
Dice que si no existiera la televisión la realidad sería más fácil.
Yo no sé muy bien que significa lo que me pide

pero le hago caso porque es la única persona que tengo en esta ciudad.
Hoy por ejemplo, le pregunté si podíamos ahorrar para comprar un equipo de música así imaginábamos las letras.
Pero ella me dijo que no. No le gusta que vaya donde no me llaman.
Y sé que sus palabras hacen referencia a un tocadiscos que teníamos en la casa de nuestra infancia.
Mi padre a mi madre le decía, estás rayada como un disco.
Y ella, le pedía que lo limpiara con un producto especial.
Hoy harán 10 grados, el viento soplará del norte y se espera que la sensación térmica ronde los 15 grados.
Mi hermana es disciplinada como mi madre.
A mí me resuenan discos de pasta que, por vagancia de mi padre que, nunca compró el producto especial para limpiarlos, no pude escuchar más.

Sonajero

Cuando supe que iba a ser madre lo primero que compré fue un sonajero.
Es rojo y tiene pececitos naranjas.
El mango es azul.
Lo llevé en mi mochila durante los 9 meses de gestación.
Si me olvidaba de que estaba embarazada, por algún motivo, el sonido en mi espalda me hacía acordar.
Yo trabajé vendiendo ropa.
8 horas por día.
Entre que iba y volvía se hacían 14 hs.
El encargado del local con un silbido me decía, dónde tendrás la cabeza.
Te pido que mires para un lado y mirás para el otro.
Te pido que hagas la fila en el banco por el cambio y me traés facturas.
Te pido que acomodes la mercadería y queda en cajas por días enteros.
Cuando me canse sabés lo que va a pasar.
Él no sabía lo que me pasaba.
E inventé un método para prestar atención que consistía en pedirles a sus palabras que me esperaran.
Ellas me entendieron hasta que mi panza creció y el encargado del local me echó.
Yo estaba carbonizada de rabia.
Y, gracias al sonajero, la mente producía balbuceos que me llevaron a pedir ayuda.
Mi hermana se hizo cargo de mis sentimientos.
Mis padres nunca supieron de mis lágrimas.
Mi novio se convirtió en ex.
Él que trabajaba a destajo me decía, ¿no ves lo que te pasó por querer tener un hijo?
¿qué vas a hacer ahora sin dinero y sin casa?
Yo le decía que por ahí, si entre los dos hacíamos un esfuerzo, la realidad cambiaba pero él no, estaba en contra de los esfuerzos, lo ponían rojo.
Por favor, le suplicaba, quereme con las decisiones que tomo en el momento.

Y nada. No hubo caso, decía que los momentos eran para disfrutarlos no para padecerlos.
Y en ese instante me sentí fuerte.
Los sonidos me hacen creer que, pronto, retomaré un trabajo
con el que vivir con mi hermana y mantener a mi hijo.

Sentido

Cuando me levanto sin despertador siento que, cualquier cosa, en el mundo tiene sentido.
El sol que no entra por la persiana está afuera.
La respiración de mi hijo, su panza que sube y baja.
Mi hermana dormida en la cama, de al lado, con su cabello revuelto en su cabeza donde
las ideas parecen desinfectadas.
La pintura de nuestro dormitorio rosa con guardas de corazones.
Los cubiertos de la cocina que esperan, sin pedir nada a cambio,
que los usemos para hacer algo rico.
Estos son los días en los que tengo que aprender a guardar las sanaciones en mi cuerpo.
A diferencia de los días en los que las cosas no me salen como quiero
y creo que por eso pierdo ganas.
Para mí el sentido aparece cuando tenemos tiempo de detenernos en una misma cosa.

Desorden

Soy muy ordenada.
No trabajo afuera pero trabajo adentro.
Me levanto, pongo la leche al fuego para la mamadera.
Preparo el desayuno para los 3.
Mi hermana se va y deja todo tirado porque sabe que lo voy a hacer yo.
Se va y, ahí no más, enciendo la tele como si fuera la radio y empiezo a tender las camas,
pongo en un balde la ropa en remojo, lavo los platos de la noche anterior, barro nuestra
habitación, echo chorritos de lavandina en el baño, riego las plantas, cambio el agua del
florero que decora la mesa en la que comemos, anudo bolsitas con pañales sucios,
doblo y guardo la ropa.
Mi hermana tiene el orden en su cabeza no en el lugar que habita y, cuando está por
llegar, enciendo un sahumero para que se ponga contenta.
A veces, me pasa que, cuando no duermo bien, no tengo fuerzas para ordenar el cuarto en
el que vivimos.
Y a mi hijo le digo, mientras le acaricio la frente, no siempre hay que poder lo que otros,
tampoco.

Perlas

Amo la televisión porque se parece a volcar una caja con perlas sobre la cama.
Se mezclan los colores de la pantalla con el acolchado, con mis historias de amor,
con un collar posible que combine con la ropa rota.

Mi hijo llora para que no confunda el plano material con el inmaterial.
Se lastimaría si lo apoyara sobre la cama.
Y guardo lo más rápido posible los brillantes dentro de mi mente.

Iniciales

A los quince años trabajé para comprarme un anillo de plata y oro
con las iniciales de mi nombre.
Lo mismo hice para el cumpleaños de mi hermana.
Quiero regalarle un anillo a mi hijo pero no tengo dinero.
Estoy sentada en el borde la cama.
Él está acostado jugando con una pulsera.
Miro la mochila que dejé tirada en un rincón del dormitorio,
la última vez que me peleé con alguien.
Ella me habla, juntá fuerzas para salir y encargar otro que los hará fuertes,
si los acercan cuando se queden dormidos.

Canciones

Campanas

Dan din don
dan din don

así suenan las campanas de nuestro corazón

dan din don
dan din don

un vestido de recuerdos destejido
iniciales componen la canción

dan din don
dan din don

tenemos un castillo
un patio
y una catedral

dan din don
dan din don

la ropa suena más rápido al viento
dan din don
dan din don

no hay silencio donde caminamos
no
hay

dan din don
dan din don

soy un perrito salvado del paisaje

dan din don
dan din don

estás ahí yo te escucho
y el corazón por más tiempo late.

El motor de tu sueño

Rum
el motor apagado del auto te espera
a la salida de tu sueño

ram
cañas de pescar
un balde
los peces muerden

rum
con el baúl abierto entiendo la noche
la remera que acompaña tu viaje
si cierro la ventana te veo igual
dejás en la vereda un maletín salvaje

ram
corre una brisa alrededor de un frasco
las lombrices no descansan
la huella con verdín
escribe la palabra aliento

rum
el motor reproduce el oleaje
las canciones perdonan el encierro
gotas sonámbulas se disfrazan

ram
para captar la duración de la humedad
quiero tus botas
goma negra hasta la rodilla
y dos líneas blancas finitas
apenas nacen los pies.

Sombra

Lalelilolu
escuchamos una canción
vestidas de la misma manera
cómo fue ese lugar

lalelilolu
casas bajas

mi abrigo te mira empujar
pumpumpumpumpum

aprender el paisaje es darle la espalda
las casas de todos no se parecen en nada
existen canciones compuestas con clavitos
planos en el aire sin correspondencia
pumpumpumpumpum.

Autorretrato pintado en un espejo de mano

Cierro los ojos
un pote de helado colorea la oscuridad
lilililililililililili

nuestros hijos no se parecerán a otros
las sombras de los dos en el espejo
los harán volar
lilililililililililili

cardos en la cima de la montaña
cintas escapadas de un mantel
habrá flores amarillas
recibiendo las nubes
lilililililililililili

sin sandalias la arena quema
dejo que me alces
y formamos parte de este cuadro
que es el paisaje
lilililililililililili.

La casa vieja

Pum pum pum pum
latidos en las manos
derribar la casa vieja
llantos de niños

pum pum pum pum
latidos en las manos
derribar la casa vieja
achuras en guirnaldas
el sol quema a esta hora

Si dios existe

¿Yyy?
ay ay ay
si dios existe me mostrará la ropa de sus vidas

¿Yyy?
ay ay ay
echados en el balcón las estrellas marcan el color de un beneficio

¿Yyy?
ay ay ay
les toco el pelo
para creer

¿Yyy?
ay ay ay
el cielo me deja la parte apretada da luz

¿Yyy?
ay ay ay
muelas en la boca
sangre fluyendo
la piel de las estaciones en nuestras manos.

Inflándose

Bolsa transparente
ufshhhhhhhhhh
pulmón de casa

te cedo el poder abecedario
ufshhhhhhhhhh
nada grita
acostada
el desorden de la mesa es un regalo.

Vagón

En el último asiento
se me caen monedas en tu hombro
tramatramatramtramtram

tus manos en cruz

un niño hecho de objetos en tu bolso
tramamatramtramtram

en el piso miles de huellas te ayudan a hacer pie
tramamatramtramtram

después de la ventanilla
las casas
los árboles
el cielo
tramamatramtramtram
ocultados por la noche

pedís en un sueño
¿cómo sos?
un chico quiere tu voz prestada
tramamatramtramtram

con los ojos cerrados escuchás el ruido
tramamatramtramtram
el tren dicta pensamientos del futuro

tramamatramtramtram
no sé tu nombre
ni dónde vas
confío en los sonidos si te miro.

Salir

Crece es salir
tramamatramtramtram
chispas del encendedor
las estrellas son ciertas

pintado en la pared del cuarto un vagón
tramamatramtramtram
nos adueñamos del tiempo

bocinas anuncian el movimiento invisible de nuestro corazón
tramamatramtramtram
las ideas agitadas se perfeccionan

el viento te agranda los ojos
tramamatramtramtram

hasta llegar a mi pelo

pocos objetos ayudan a reconocernos
tramtramtramtramtram
lejos nunca nos perdimos.

No te enojés

Ooooooooooooo
no es una salida sacar las llaves del cajón
si te vas
pierden el esmalte dorado

ooooooooooooo
en cambio
el cielo
el mantel
los pájaros
los cuadros miran

ooooooooooooo
el sonido de tus cosas cerca
tus libros nos protegerán

miro a los niños
en una canasta de mimbre
salgamos a pasear
ooooooooooooo

se te va a pasar
en la casa
las manos
comienzan los días
ooooooooooooo

ooooooooooooo
el sonido nuestro hoy
incuba un animal
cómo será
quedate.

Disfraz

Si me pongo vestidos en las manos

Las elegidas

I-

Somos las elegidas.
Nos da un poco de miedo.
Dormimos juntas, nariz con nariz.
El calor nos descansa las manos, las ideas, los sueños.
Escuchamos a gente cantar.
Muy fuerte.
Descansan en nosotras.
Sentimos rabia.
Nos maravilla.
Nos abrazamos y construimos una heroína.
Tenemos alas muy grandes con la cara de Mickey,
los pies con rueditas,
collares milagrosos que, al juntarse,
salvan a los niños que se tiran de los árboles.

II-

Mamá enciende la televisión y nos levanta a todo volumen.
Nos quiere de a tirones.
Bajo, más alto, fuertísimo.
Nos asusta su brusquedad.
Precipita nuestros sueños que nunca tienen desenlaces.
La odiamos.
Mamá toma una hoja y dos lapiceras.
Dibuja dos líneas rectas que, por momentos son nítidas y, por otros, casi invisibles.
Nos quiere así, de manera realista.
Es un cartucho lleno de tinta que se va vaciando de vida.
Sobre esa marca nos concentramos.
En ese surco del amor maternal.
Completamos el paisaje afuera.
Llenamos la hendidura con casitas.
Buscamos finales reales para sueños interrumpidos.

III-

Empezamos a caminar sin rumbo fijo.
Tenemos pocas cosas en mente.
Sólo la necesidad de hallar finales.
Pero, cómo vamos a encontrarlos sino recordamos, exactamente, lo que soñamos.
La mente blanca, cálida, vaciada, ahora es la casa de un grillo.

Caminamos toda la mañana, escuchando su concierto a destiempo, rebelde, en nosotras,
un prelude para el recuerdo de lo soñado.
La música encantada para evocar la señal que desencadene todo lo demás.
Dejamos a cada paso una letra.
Un número.
Cuando volvamos por el mismo camino,
vamos a leer el poema que nuestros pasos escribieron de la mano de un insecto cantor.
De animal que llama a otro animal.
Un poema entre animales.
Nosotras, brillamos de contentas, porque somos las elegidas, las intermediarias del
mensaje.
Lo transportamos para descubrir la entonación exacta.
Nos detenemos,
la poesía se interrumpe.
Vemos la cabeza de un gorrión arrancada del cuerpo.
El pájaro muerto, con los ojos cerrados y una ramita viva, todavía verde en la boca.
A partir de ese momento, recordamos el sueño que mamá interrumpió
con el volumen del televisor.

IV-

Estamos las tres en la cama,
ella tiene un vestido de piel alegre y nosotras, pijamas de plumas.
Nos viste el silencio.
Tiene el pelo suelto, muy largo y triste.
La sombra de un gajo de mandarina.
Nos acurrucamos en su cuerpo frutal pero salen chispas, palabras sin sentido, gotas de
agua, tan caliente, que nos quema.
Se lo agarramos y nos hacemos cosquillas en la cara.
En un momento, su pincel nos dibuja flores de colores en el rostro.
En otro, mamá toma dos pinceles y empieza a querernos con realismo.
Pinta con las dos manos toda la hoja.
Y, nuestras caras, se manchan de ciervos, lagunas, crucigramas, cucharones de cocina.
Veo mi rostro en el vidrio de su ventana.
Está maldito, completo.
Ahora, se lo tiramos en sentido contrario a las agujas del reloj.
Lo enrollamos como a un carretel que pierde su tela.
Con las manos decididas a terminar la labor.
Ella grita, le duele.
¡Desgraciadas!
¡Animales!
¡Locas!
Debajo de su pelo batido vemos sus ojos exprimirse,
la sombra, salir por ahí, por un túnel a nuestro encuentro.

Sí, somos injustas.
Ella nos da su amor de madre, pintor y nosotras la hacemos sufrir.
Es que queríamos vernos en un espejo y que se reflejara un paisaje
por el que pudiéramos soñar.
Mamá se entusiasmó y nos rayó la cara.
Somos gorriones, sucios, con hambre, sin canción.
Con la hendidura en la frente como un tercer ojo.

V-

Caminamos buscando finales y nos perdemos.
Vemos a unos chicos andar a caballo,
tienen el pelo suelto y camisas desabrochadas.
De sus bocas nacen unas plantas que nunca habíamos visto antes.
Tienen un tallo negro, hojas rosas metalizadas y flores amarillas muy pequeñas.
Queremos tener una corona, ser sus princesas.
Corremos muy rápido hasta alcanzarlos.
Nos miran con desprecio porque interrumpimos algo muy íntimo,
el nacimiento de sus plantas.
Les regalamos caparazones de jacarandá que juntamos por el camino,
con monedas de cinco centavos adentro.
¿Podemos ir con ustedes?
Viajamos juntos y vemos un gato con la patita quebrada, una pareja llorando,
palomas transparentes, trozos de carne abandonados, cementerios coloridos,
una señora tirar su alianza de casada desde un décimo piso.
Cada detalle se acerca a nuestro bosque en carrito, al planeta silvestre, inventado.

VI-

Le exigimos al caballo que galope.
Rápido, muy rápido, con todas sus fuerzas.
Vamos en busca de la carne y del anillo.
Somos los primeros en llegar.
Es precioso, de oro blanco, con burbujas de tinta adentro y, alrededor,
una frase grabada en un idioma que no conocemos.
Tenemos una estrella en nuestras manos.
Parece un animal que necesita calor.
Nos casamos y somos felices para siempre.

VII-

Tenemos hambre.
Elegimos un lugar para sentarnos a comer.
Llegamos a un anfiteatro escondido en la ciudad.

Está abandonado.

Tiene butacas de arena mojada y una fuente en el escenario,
de la que salen semillas con azúcar.

Parece que estuviésemos cerca del mar.

Nos sentamos y, en silencio, comemos los trocitos de carne abandonados
hasta que nos asqueamos.

Los espolvoreamos con semillas, con agua, con azúcar pero no hay caso.

La carne abandonada tiene un gusto especial.

Parece cartón, uña, una bolsa de plástico.

Lo que se abandona no conserva ningún rastro de vida.

Comemos la muerte y, para no vomitar, transformamos los trocitos de carne en perlas.

Los nacaramos al sol y hacemos pulseras durante la sobremesa.

Los gatos lamen nuestras joyas como si fuesen dulces.

Nos gusta ver el principio y el fin, a través de las artesanías que creamos,
aunque nos hayamos quedado con ganas de comer.

VIII-

Metemos la mano en una bolsa y tocamos un conejo.

Miramos la vereda de enfrente, mientras lo agarramos de las patitas para despertarlo.

Le acariciamos el lomo deslumbrante, asfixiado.

Tiene las uñas amarillas y pasto entre los dientes.

Se enoja y nos muerde.

Nos asustamos porque nunca fuimos mordidos por un conejo.

La boca raspa, tiene arena y de los bigotes cuelgan hilos de vino espesos, mezclados con
papel.

Pronto lo sacamos de ese encierro

y lo adoptamos como mascota.

En el suelo hay flores de palo borracho, secas y perfumadas.

Con ellas le hacemos una corona y un vestido.

No sabemos su sexo pero se lo ve feliz.

Ahora, entre todos, lo llevamos en andas.

El conejo respira por los ojos y se pone a llorar.

IX-

Metemos las manos en una bolsa y sacamos una espada de madera.

Es hermosa.

Tiene astillas tan finitas que brillan a trasluz.

En la punta un colmillo de elefante y en el mango un pañuelo de seda rosa.

Con ella escribimos poemas en el aire.

Cada tanto las personas los presienten.

Los chicos sobre todo.

Somos las elegidas, nuestras palabras son valientes.

X-

Sacamos un conejo moribundo y lo resucitamos con un vestido hecho de flores.
En el fondo de la bolsa hay pan crocante.
Lo cortamos en diez pedazos.
Uno es para el conejo, otro para vos, otro para mí, otro para mamá, otro para papá,
otros dos para nuestros maridos, otros para las palomas.
Todos nos quedamos con hambre.
¿Seríamos capaces de matar con esta espada a alguien para comer?
La espada saca chispas contra el asfalto.
En las manos sentimos la retaguardia del calor.
Con él trazamos una línea divisoria.
Vos, espada estás ahí, en la cima, cerca de las nubes.
Nosotras acá, te miramos con admiración.

XI-

Abrimos los ojos y no vemos nada.
Los cerramos y tampoco.
¿Estamos vivas o muertas?
¿Es un sueño o es real?
Qué se hace con la oscuridad.

XII-

Con un encendedor iluminamos el fondo.
Con cuidado, quemamos cada pedazo hasta que se achicharra y se deja trabajar.
Parece un bombón.
La punta de un helado con palito.
La cola de un gato.
Dos ciempiés haciendo el amor.
Nuestras manos laboriosas hacen un prendedor con forma de araña.
Tiene ojos risueños, sobrevivientes y una boca muy grande.
Limpiamos nuestros sacos y nos la colgamos.
Ahora, es un punto negro con flecos en nuestro corazón.
El símbolo de nuestros poemas.

XIII-

Los chicos se van.
Nos quedamos solas.
Nos da lástima verlos ir porque nos habíamos encariñado.
Es una separación injusta.
Nos queremos pero hay deberes más importantes que hacer.

Cavar un pozo, poner manzanas al horno, lavar la ropa, darnos un baño de inmersión.
Caminamos hasta una plaza y nos sentamos.

El sol pasa entre los huesos y proyecta, sobre las paredes, dibujos color tierra.

No hay sombras.

Para nosotras dibuja el universo entre las garras de un halcón,
el halcón soltando el mundo y, a nosotras dos, cayendo con un paracaídas
que parece una armadura de meteoritos súper protectora.

XIV-

¿Qué se sentirá al creer en dios?

¿Será hacer un globo de chicle muy grande para atrapar, así, a los chicos que nos gustan?

¿Leer una novela larga, entretenida?

¿Sentir escalofríos de emoción por el olor a mandarina que desprende el pelo de las chicas
que admiramos?

¿Presentir lo que le pasa a la gente cuando cierra los ojos?

¿Tener un ropero lleno de ropa rebuscada siendo las más sencillas?

¿Buscar como espadachines por toda la casa del mundo lo que nos pertenece?

¿Gritar arabescos deformes?

¿Amar y ser odiadas con el mismo movimiento del aleteo de un colibrí?

¿Ser padres buenos, malos, floricultores?

¿Creeremos en dios?

Sí.

Somos las elegidas.

XV-

Alguien se olvidó una radio, unos auriculares y un paquete de galletitas en la glorieta.

Pensamos que el olvido es un hermoso regalo.

Nosotras, muchas veces, nos olvidamos de levantar los vultos.

Las monedas se escapan entre los dedos para fecundar la tierra.

Y no nos da rabia porque somos las elegidas y encontramos, a cambio, otras cosas.

Esta música, sin ir más lejos.

Una chica canta en un inglés, medio raro, canciones metálicas.

La imaginamos japonesa. Negra. Con un dormitorio repleto de accesorios.

Tomamos nuestras espadas y las usamos como micrófonos.

Nos hacemos vestidos con bolsas de consorcio y juntamos las chucherías
que están desparramadas en el parque.

Basura y flores.

Bichos y monedas.

Armamos el escenario y cantamos hasta el anochecer.

Somos estrellas de chifón.

Bañadas en el chocolate de la noche.

Sin miedo a la oscuridad, gritamos una canción que no entendemos.

XVI-

Saciamos el hambre con galletitas.

Las que sobran, las cortamos y las desparramamos por la manzana del parque.

Escribimos un poema finito, cereal, imperceptible.

Los niños devoran las palabras porque las ven marrones, espigas, huidizas
y no lo pueden creer.

A otras, las disolvemos en agua y hacemos bollos con especias.

Pasto, conchilla, flores.

Esperamos un rato y vemos que los pájaros que, estaban escondidos, vienen a nosotras.

Toman la comida en el aire, sacuden los adornos y se la llevan al nido.

XVII-

A las siete de la tarde lo que más nos gusta es estar echadas en los sillones del fondo
y mirar la televisión.

Bajo las estrellas.

Somos las intermediarias entre las ondas.

De la luz.

Arriba y abajo.

Nos traspasa un volcán sonoro que aturde y deja tibias.

La mente apaga sus poemas.

Los convierte en muñecos cariñosos para que los hagamos dormir.

Somos sus las madres, las permisivas, sin problemas.

Los abrazamos fuerte.

No nos avergüenza decir que así la oscuridad se pasa.

A veces, se ponen a llorar porque prefieren escribir.

Ayer, a uno de ellos se le dio por escribir un poema televisivo.

Cortó imágenes, las mezcló con el sonido de la noche

y se lo dedicó a una constelación que estaba arriba nuestro.

El fue un hermoso turbante que nos mantuvo comunicados con la energía del cielo.

XVIII-

Llevamos los poemas a la televisión.

La audiencia no puede entender cómo nos aceptaron así no más.

Sin carpetas, sin antecedentes, sin pruebas.

Somos lindas, mágicas, valientes.

Si nos rechazan, probamos suerte en otra parte.

Lo nuestro no es el odio, sino el encantamiento.

La audiencia se asusta cuando no ve palabras.

Nos tiene miedo.

Porque prescindimos de ellas.

Escribimos poemas para que se pre-sientan.
Los sonidos, los conceptos y las imágenes pierden sus fronteras.
Es como si se estuvieran gestando todo el tiempo.
Son cataratas, paisajes mutables, oníricos, inmensos.
Nada definitivo.
Somos alegres.

XIX-

La noche da a luz criaturas incandescentes.
Hay brujas que nos quitan la comida de las manos.
Hombres con sombrero que sacan la lengua.
Chicos desnudos que hacen pis en la puerta del supermercado.
Ómnibus ruidosos transportando toneladas de silencio.
Chicas con corona y sin brillo.
Floristas que venden rosarios de madera.
Perritos con lágrimas, espesas, en los ojos.
Calles espumantes, sin principio ni fin.
Telas que cobran vida en una bolsa de nylon.
Restos de perfumes para nosotras dos.
La oscuridad anida destinos de cerámica.
Fragiles, de tierra, maniobrarles para que nos quedemos aquí.

XX-

Nos sumergimos en la noche.
La tomamos de un sorbo como un ice cream.
Hacemos fondo blanco y nos hacemos amigas.
Escribimos poemas dulces e irracionales.
Somos dos sirenas perdidas.

XXI-

Tenemos que regresar.
Pero estamos perdidas.
Le preguntamos a la gente cómo hacemos para llegar y nadie sabe decirnos porque nosotras no recordamos exactamente a qué dirección tenemos que ir.
Estamos embriagadas y perdimos la memoria.
¿Van cerca o lejos?
¿Cómo es la casa?
¿Recuerdan algún número telefónico para que podamos llamar a alguien?
¿Llamamos a la policía?
Una mujer muy vieja, que tiene un rodete blanco con cintas de colores
y un delantal de cocina dorado nos sube en sus hombros y empieza a aplaudir.

Nos sentimos importantes porque, un séquito de personas, nos siguen inconsolables.
Luminosas, cerca de las de las estrellas.
Esta vez no sabemos adónde vamos.
El poema lo escriben los aplausos de nuestro público.

XXII-

La viejita se cansó de llevarnos a cuestas.
En un momento dado, dijo, no doy más.
Estamos sentadas en la rama de un árbol
abrazadas para no caernos,
mirando la luna, concentradas en su centro, en su color.
Tenemos que ser pacientes
la razón ya va a venir.
La esperamos con una corona, de palabras, alta,
construida de brillantes escritos, especialmente, para nosotras.

XXIII-

La razón viene caminando hacia nosotras.
Le pedimos que se apure pero se toma su tiempo.
Parece que lo hiciera a propósito, le gusta vernos sirenas y esclavas.
Razón entrá. Por favor.
Rápido que tenemos que volver a casa.
Se resiste.
Caprichosa.
No logramos convencerla.
Pasa al lado nuestro, pálida sin apetito.
Llega a la esquina.
Casi no la vemos y escuchamos que dice, dejo mi sombra, mis jugos,
por ahí les sirvan de algo.
Abrimos la boca y tragamos sus restos.
Nos hacen gritar.

XXIV-

La furia de la voz, hace que aparezcan dibujos en toda la piel.
En uno de ellos vemos aparecer el barrio y nuestra casa.
Nos ponemos a llorar, aún sentadas, en la rama del árbol.
Las lágrimas escriben un poema.
Es largo y tiene frío.
Cada gota congelada marca el camino de regreso.
Llegamos desnudas.
En las manos llevamos flores.

Entramos y se las damos a mamá que mira la televisión.

Ella nos besa y escupe las partes secas de los tallos.

Las emprolija.

Nosotras con esos restos escribimos la frase final rumbo a la cama, somos las elegidas.

Mamá nos quiere de manera realista y nosotras también.

Ropero

Príncipe de Gales

Mi abuelo tenía un ropero para él solo.
De un lado estaban los pantalones.
Del otro los sacos.
En las cajoneras las medias, los pañuelos y corbatas.
Cuando lo abría salía un perfume extraño.
Una mezcla de olor a oficina, latidos a media máquina y pomada para zapatos.
Una vez, sin que me viera, saqué un saco Príncipe de Gales.
Tenía bolsillos.
Dos a la altura de la cintura, profundos, cenicientos.
Otro adelante, arriba, llegando al techo de sus palpitaciones.
Era pequeño, de porcelana, hacía pie. Me gustaba tocar el botón.
Tres más adentro, a la altura de la clavícula.
Eran brillosos y tenían secretos.
Papelitos doblados, monedas, la mancha de una birrome roja.
Metía la mano.
La sacaba.
Y la volvía a meter.
Pensaba que, así, los secretos irían apareciendo.
De a uno.
La última tarde que fui a visitarlo, lo saqué sin que se diera cuenta.
Por fuera lo dejé intacto.
Con el perfume de siempre.
Por dentro, lo recorté.
Con el forro brillante, tendí caminos, construí el laberinto de ligustrinas
que tanto quería encontrar.
Desde entonces, el aroma fue otro.
El de mi tijera cariñosa.

Desavillé

Tiene fondo turquesa.
Y arabescos blancos que, al juntarse, con otros forman flores rosas y amarillas.
Como es de matelase, mi abuela parece una medusa acolchada.
A la noche titila.
Es un faro de tela y goma espuma.
A la mañana, la brillantez de su desavillé contrasta con su pelo revuelto
y sus patitas sin escarpines.

El camisón rayado

Má, cuando te vas a Buenos Aires te extraño.
¿Por qué llegás tan tarde?
Quedarse con la abuela no es lo mismo que estar con vos.
Ella me dice que me quede tranquila, que no tosa, que ya estás por venir.
No digo nada y le agarro la mano bien fuerte.
Para que no se escape ella también.
No me gustan las noches en Gonnet porque son demasiado calladas.
Escucho el ladrido de un perro.
El paso del tren.
Un disparo.
Pienso, ¿y si la mataron?
¿Y si se murió?
¿Qué haría sin ella?
Me quedo congelada. Con los pies paralizados.
Abu, tu cuerpo no calienta.
Es más grande que el de mamá pero está frío.
Ella dice, quedate conmigo que te hago fricciones en la espalda.
Traeme el talco del baño.
Voy del dormitorio al baño. Pero, antes de volver a la cama,
paso por la habitación de mi mamá que está oscura.
Entro, está impregnada de su olor.
Es una mezcla de blem, jabón en polvo y papas fritas.
Me miro en el único espejo que hay en la casa.
Observo las líneas de luz que se filtran entre los vacíos de la persiana.
Dan directo a su ropero.
Son señales.
Camino hacia él escuchando mis pasos.
Abro un cajón. El primero empezando del piso.
Y saco un camisón con rayas finitas y una flor azul en la pechera.
La recorto y me la pongo en el pelo para soñar algo lindo y no extrañarla tanto.

Las bombachas de campo

Una tarde un amigo me preguntó, ¿sabés que tengo mucha ropa para regalar? ¿querés pasar para ver si te quedás con algo?
Y contesté, me encantó, gracias por tenerme en cuenta.
A las cuatro y media más o menos, fui a su casa caminando.
Cuando llegué no lo podía creer.
Nunca había visto tanta ropa, junta, de hombre.
Porque mi amigo vivía con sus dos hermanos y su papá.
Vivía en una casa sin ropa de mujer.
No se acordaba de ninguna prenda de su mamá.

Ni del camisón, ni de una bombacha, ni de ningún abrigo.
Nada.
Desde que su mamá no vivía con él, no se acordaba qué ropa usaba.
Le digo que no puede ser. Que haga un esfuerzo.
Pero no quiere. Prefiere no esforzarse. Me dice que yo fui para otra cosa.
Y tiene razón.
De la montaña de ropa que había sobre la cama para regalar, saqué un pantalón.
Una bombacha negra de campo.
Con muchos botoncitos en la cintura.
Me la probé y me quedó pintada.
Como estaba gorda me quedaba semi ajustada.
Entonces me sentía una gorda sexy. Una gorda con cojones.
Volví a casa contenta. Como si hubiese ido de compras.
Era de noche. En la casa no había nadie.
Aproveché.
Fui al cuarto de mi mamá a probarme de nuevo el pantalón.
Fui ahí porque hay espejo.
Y, cuando me lo estaba abrochando, me dejé llevar por un arrebató.
Un hombre a caballo se apoderaba de mí y no me sentía sola nunca más.

La camisa “cazadora” de papá

Es blanca.
Azul.
Y roja.
Me gusta cuando no se la abrocha.
Porque se desparrama.
Todos los botones tocan el aire.
Hacen su música.
Me gusta cuando se la arremanga.
Porque sus manos se vuelven sencillas, jardineras.

Vestido de fiesta

Me dijiste, hoy me voy a comprar un vestido para estrenarlo a la noche.
Y yo te quise acompañar.
Fuimos al centro, encantadas de tener un plan para hacer una tarde de mucho calor.
Vimos todas las vidrieras y no encontrábamos nada.
La ropa era tan aburrida como habíamos estado las dos antes de salir.
Hasta que, en momento, se nos iluminaron los ojos.
Vimos un vestido con fondo rosa y arabescos de colores.
Tenía volados en las mangas y una cinta en la pechera.
Era hermoso.
Cálido.

Alegre.
Nos hizo cambiar el humor.
Nos renovó.
Vos dijiste, es mío. Yo dije primero que me quería estrenar algo para hoy a la noche.
Entramos al negocio, te lo probaste y te quedó precioso.
Te lo compraste y te llevé a tu casa.
Me quedé pensando en que a mí también me hubiera gustado estrenarme algo tan llamativo en año nuevo.
Al otro día, cuando hablamos por teléfono me contaste que tu fin de año había sido genial por el éxito del vestido.
Me dijiste, ahora sí, te lo presto cuando quieras.
Pero, agregaste al pasar, se manchó y se quemó un poquito con ceniza de cigarrillo.
Me prestabas eso, un resto festivo.

El bermudas amarillo y la remera de los tres helados

Gracias por haberme regalado este bermudas.
Es hermoso.
Me gusta cómo combina con la remera que tiene tres helados, uno amarillo, otro naranja, el último rojo.
Me refresca.
Me pongo tu ropa para andar en patines.
Es liviana.
Colorida.
Hace juego con las tardes de verano.
Patino sola pero me siento acompañada.
El otro día me preguntaste si quería salir con vos porque estabas extrañando tu remera.
Yo te dije que sí.
Que me ponía todo el conjunto para que me lo vieras y te dieras cuenta de lo que sucedía con las tardes.
Se me pegaban al cuerpo.
Vos me dijiste, yo voy en bici y vos en patines.
Me sugeriste que me agarrara del asiento, así iba más rápido que de costumbre.
Pero qué pasó.
Fuiste tan poseída, que me caí.
Te imaginabas mis tardes amigas.
Lo que no sospechabas era cómo quedaría tu ropa después del sacudón.
Quedó roja, brillante, acuosa.
Creo que lo hiciste por revancha, por dolor.
Así nunca más extrañabas tu remera.

La remera azul con tulipanes bordados de mi prima

Le pedía que se pusiera la remera azul profundo con tulipanes bordados a mano.

Así, miraba las flores en contraste con el fondo.
Como esa imagen me sosegaba, me quedaba toda la tarde en silencio disfrutando de los sueños que desprendía su remera.

La minifalda verde oliva y la remera azul

Mi prima me pasó su minifalda verde oliva porque le quedó chica.
Había heredado algo hermoso sin que muriera nadie.
Como no tenía nada para ponerme arriba, mamá me había comprado una remera azul con tres botones a la altura del pecho que, desde la primera lavada, se oxidaron.
Con el conjunto usaba zapatos náuticos marrones de hombre.
Para mostrarme sorpresiva.
Me pintaba los ojos con dos líneas negras que se fugaban por la cien al horizonte que siempre estaba atrás mío.
Me sentía intensa con esta ropa.
Era un árbol joven que sabía que iba a morir.

El jogging "Adidas" color verde botella

La primera vez que me enamoré fue de un chico medio mongui que tenía puesto un jogging "Adidas" color verde botella.
Yo tenía 7 años y estaba dando una vuelta en una sillita voladora cuando lo vi.
Él esperaba subirse a la vuelta siguiente.
Me gustaron sus piernas verdes.
De langosta.
La pose quebradiza de galletita Express.
Las rodillas hacia delante como montes chiquitos a punto de caerse.
Los pies asomándose de una cueva de vidrio, celestial.
El color de sus pantalones hizo que me quedara un largo rato mirando su cara.
Tenía jopo.
Y el resto del pelo, revuelto, sin mentiras.
Sus ojos eran bengalas inofensivas.
Recuerdo su boca abierta.
De asombro, con toda su baba hacia mí.
Me enamoró su aura de loro eterno.
La fragilidad del gesto.
Lo que dura un envión.
Una vuelta en sillita voladora.

Camiseta de frisa

Tenía dos.
Cuando se ensuciaba una, se ponía la otra.
Una estaba impecable. La usaba para los cumpleaños.

La otra, tenía algunos agujeros en los puños y alrededor del cuello.
El blanco le despejaba la cara. Los pensamientos.
Cuando se enojaba, le pedía que se pusiera la camiseta blanca de frisa.
A mí me daba gusto quedarme toda la noche, al lado suyo,
cosiendo los agujeros por donde se le iba el calor.

Piloto

No recuerdo bien si era marrón o verde seco.
A mí me encantaba porque lo hacía frágil.
Como le quedaba un poco grande se volaba con el viento.
El piloto lo llevaba a buscarme.
Entonces me ponía adentro suyo y nos convertíamos en canguros.
Él era la mamá y yo la hija.
Su panza era un lugar seguro, inquebrantable.
Un refugio con los colores de la tierra, en el que me quedaba hasta que dejara de llover.

El jumper azul marino

Estaba embarazada.
Mi cuerpo crecía para abrirle paso a otra criatura.
Era una topadora, un volcán, una grúa.
Tenía la fuerza que imponen las máquinas.
La certeza para agujerear el piso y parir.
Como no tenía ropa acorde a la transformación, una amiga me prestó un jumper de
corderoy azul marino que ella se había comprado, veinte años atrás.
Iba al supermercado, al gimnasio, a ver danza.
Parecía una Sarah Kay adulta.
Vintage por necesidad.
Una ballena que saltaba por el asfalto.
El azul marino me daba fuerzas y el corderoy me abrigaba aunque hiciera mucho calor.
Yo necesitaba tener a punto los motores, caliente,
estar dispuesta para cualquier eventualidad.
De un momento a otro ocurrió lo peor.
Empecé a caminar liviana, el vestido me quedaba flojo, las piernas ya no se asían al suelo.
Me había convertido en una retama.
Se cayó el almohadón de cal.
Polvo a mi alrededor.
Un pic nic de colibríes me tapó la panza.
El jumper de corderoy azul marino, después, se transformó en un colchón
para lo que había parecido una fantasía,
una ráfaga de corriente eléctrica que vino y se fue.

El enterito rayado

Tenía rayas finas.

Blancas y color ladrillo.

Muchos botones que unían el pecho a la panza y la panza a los pies.

Los dos colores se mimetizaban con su pelo y la hacían más rojiza, más manzana.

Con el enterito puesto era una fruta graciosa aunque llorara todo el día.

Los pies apretados me daban ganas de besarla aunque no supiera qué más hacer para que volviera el silencio a la casa.

Las manos tiesas, que el enterito dejaba al descubierto, se unían a las mías.

El enterito nos unió.

Cada una de sus rayas para siempre.

Malla

Era enteriza.

Con aros y breteles pinzados.

Tenía los colores del arcoíris pero mezclados.

Era una piñata, elástica, festiva, grandota.

En mi malla entraban muchas personas.

Me ponía contenta porque recibía visitas con solo vestirme y tirarme al agua.

Familiares

Adentro

Estoy adentro de un caballo.

Le pido que camine despacio porque me siento mal.

Cuando me repongo, le digo que galope con todas sus fuerzas.

Quiero sentir desde adentro los humores que produce una bestia encantada.

El plan

Mi primo quiere verme después de la última pelea.

Entonces idea un plan.

Me invita a hacer una instalación en su primera exposición individual.

Eso sí, dice, hacela con lo que encuentres.

Esta noche es mía.

Voy a la cocina porque, por lo menos, me da un rincón de un momento especial.

Hago una instalación con dos manzanas.

Una roja y otra verde.

Las recorto para encastrarlas, las dispongo en una silla

y, alrededor, escribo con témpera blanca la palabra sueños.

Estoy alegre y les pido a dos chicos que me hamaquen.

Mis lágrimas de antes tejen un vestido fosforescente.

Una lámpara

Para fin de año, con mi familia, colocamos una licuadora en el techo
y agregamos:

bananas

manzanas

mandarinas

uvas

peras

ananá

sandía

melón

kiwi

la cerramos y la encendemos.

Cada fruta, al licuarse, emana una luz de color.

Son tan potentes que iluminamos todo el barrio.

La casa inventada

Mi hermano se adueña de un terreno con una pileta abandonada.
Construye un quincho con adobe de quintas cercanas y cemento de contacto.
Planta treinta y cinco árboles, uno por cada año cumplido.
Recupera la pileta y la hace más profunda.
Adopta a los chicos del barrio que tienen calor y les enseña a nadar.

La preocupación

No sé cómo vamos a hacer para acomodarnos en un departamento tan chico.
Nosotros que estamos acostumbrados a esta espacialidad.
Vos estás ahí.
Rita allá.
Y yo aquí.
Cada uno tiene su lugar.
Pero ahora que tenemos que dejarlo
Te juro que no sé.
Me da miedo que terminemos asfixiados.
Qué casas horribles hay por el dinero que tenemos.
Podrían ser pequeñas y hermosas.
Qué es lo que nos sobra.
Hojas blancas y bolsas de supermercado.
Dibujamos el plano en mi sueño.
Y cuando nos levantamos la construimos.
Es blanca.
Hay Luz.
El viento entra por la chimenea y sale por las ventanas.

Obra de arte

A mi hermana menor le regalo tres cuadros de setenta por un metro
y dos cuadros de cuarenta por treinta centímetros.
A mi hermana mayor le regalo tres cuadros de veintiocho por veintiocho centímetros
y dos cuadros de quince por veinte centímetros porque le gustan las cosas chiquitas.
Las obras están pintadas con colores pasteles.
Tienen letras y números para descifrar.
Cuando se los doy
ellas dicen, gracias pero les faltan terminación.
Me pongo furiosa.
No entiendo cómo critican el amor,
cómo critican obras de arte.

Buda

Con mi hermana inauguramos una tienda esotérica.
Entre otras cosas, vendemos velas con forma de budas.
Encendemos tres.
Una roja, otra azul y una blanca.
En un momento, el buda blanco sale volando por la ventana.
A mi hermana le digo, este buda es un peligro. Puede incendiar la ciudad.
O cumplir los deseos de todos, contesta.
Si es así, el buda abandonó nuestra suerte, porque se fue.

Dorado

Mi caballo dorado está agónico.
De todas maneras, le di yogurt de vainilla a la mañana.
Lo miro de cerca para que se quede tranquilo.
Me pongo patines de algodón para no despertarlo durante los ratos que duerme.
Mi caballo dorado murió y lo ponemos en un ataúd.
Pero de golpe, nos sorprende con un relincho.
Alza sus patas hacia el cielo y fija su mirada en una estrella.
Murió con los ojos abiertos y el cuerpo expansivo.
Como si quisiera seguir caminando.
Tenemos que construirle otro.
Porque se niega a entrar en el que estaba.
Somos carpinteros de una estrella, tal cual quedó su cuerpo, después del último adiós.

El nacimiento de los recipientes

Dorado agoniza.
Yo lo miro desde la cocina.
Estoy a punto de ir con él.
Me detengo.
Ocurre algo sorprendente.
Los potes de telgopor, sin helado, que dejamos la noche anterior sobre la mesada comienzan a dar a luz potecitos blancos.
Espacio salenn cada unon con su tapa.
Veo un nacimiento dulce antes de escuchar a mi caballo.

La vuelta al mundo

Estamos felices.
En un descampado de La Plata crean un parque de diversiones
Cuyos juegos funcionan sólo en la oscuridad.
Es de noche y mi papá dice, las llevo.

Al único juego que subo es a la vuelta al mundo.

Quiero viajar sola.

En un momento, la rueda se detiene.

Justo en la cima.

Cerca de la luna.

En ese instante comprendo que la soledad es una sensación fría y móvil a la vez.

Poemas en el jardín

I-

Salimos al jardín
y nos acostamos debajo de los plumerillos rojos.
El viento los deshoja y nos tapa la nariz.
Nos gusta respirar por la boca
mientras olemos su caída adentro nuestro.
Nuestra mudez contrasta con lo que vemos,
corolas súper lúcidas y frágiles de espaldas al cielo.

II-

Tenemos calor.
Y, como no podemos llenar la pileta resquebrajada,
inundamos el jardín
gracias a las medianeras de los vecinos que contienen el agua.
Nuestras cabezas embarradas levantan capas escondidas.
Las caras de nuestros animales hechas con huesos.

III-

El ciruelo está muerto.
Sin embargo, queremos que alimente a los chicos del barrio.
Compramos ciruelas y las ponemos dentro de adornos de navidad.
Compramos campanas y las ponemos dentro de las ciruelas, dentro de los adornos de navidad.
Nos sentamos debajo y esperamos la reencarnación de la imaginación.

IV-

Tendemos el mantel de la abuela sobre el pasto.
Tenemos sed de flores.
Entonces, recortamos pétalos y, con agua, los ponemos dentro de una licuadora.
Tiramos gotas violetas, rosas, amarillas y negras.
Hacemos un cuadro de jugos arrancados y esperamos
a que el sol traspase los colores
los bichos salgan de sus cuevas a lamerlos
quede el recuerdo pegoteado.

V-

Sentadas, en el gabinete de gas, jugamos a que el sol nos deje o no, ver lo que pasa alrededor.

A veces, nos encandila y nos da rabia porque oímos que alguien pasó y no nos quiso decir su nombre.

Otras, hace que la nitidez no nos sorprenda.

En un momento, el paisaje se vuelve impresionista.

Perdemos la noción de los contornos.

No sabemos dónde empiezan nuestros cuerpos, dónde el de las planta, dónde el de los hombres que, pensamos, iban a visitarnos.

VI-

El árbol de naranjas que se apoya sobre la ventana de nuestro dormitorio murió.

A él no podemos decorarlo porque sus raíces levantaron el piso de la casa.

Llega el jardinero y le preguntamos dónde lo va a enterrar.

Y nos explica que, a la noche, lo recogerá el camión de la basura.

Nos asusta que la muerte sea tan fácil.

Que, de un momento a otro, escondan en un lugar lejano las ramas que vimos toda una vida.

Entonces, lo cortamos siguiendo el camino de sus años hasta obtener collares, anillos y sombreros de cada hendidura.

VII-

Nos sentimos extrañas.

Nos movemos, de un lado al otro, dulces y miedosas.

Alguien, adentro, produce lo que nos pasa

y nos comunicamos, cada una en un rincón, a través de un hilo de voz carnal.

A nuestro alrededor, la perra.

Las tres, a tiendas, vamos llamando a sus cachorros.

adoptamos a sus hijos y nos convertimos en madres en el jardín de la noche.

VIII-

Salimos al jardín.

La tierra empieza a temblar.

No le gusta cuando nos faltan los zapatos.

Tiramos agua tibia sobre la tierra y enterramos los pies.

Nos peleamos inmóviles, con la fuerza que da la incapacidad.

IX-

Hay que desmalezar el jardín.

Dejamos que el pasto fuera demasiado lejos.

Nos alcanzó la frente.

Las manos.

Enredó los pensamientos.

Hay que podar, rastrillar y sacar cardos, lombrices, el peligro.

Elegimos música y encendemos nuestros cuchillos.

Somos parte de un recital vegetal en nuestra propia casa.

X-

Hacemos una gruta con pájaros de colores.

En el subsuelo ponemos la cama.

En el primer nivel dos sillas y una mesa con un florero en el medio.

Más arriba, en un costado iluminado por la noche, los árboles arrancados por tormentas.

Más arriba, en el otro, una caja con semillas.

En el pasillo, una caparazón de tortuga, dientes de liebres antiguos, flechas en bestias milagrosas.

En el piso diez, los sueños cumplidos.

Afuera, el paisaje haciéndonos.

Secundaria

I-

En el patio, sobre una loma de pasto congelada
hago un agujero para extraer lo que haya adentro.
Mirá mi instrumento, le digo a un chico que pasa por ahí
y que valora las interrupciones del paisaje,
es una perforadora convertida en lapicera.
Me la pide y le concedo el gusto.
Sus ojos brillan con regalos.
Prueba una vez y se cae polvo,
la prueba de nuevo y siente seguridad.
Sigue el trabajo hasta que suena su timbre interior y me la devuelve.
Yo no tengo silbatos en los bolsillos y sigo la perforación a escala microscópica.
La mañana entera me lleva sacar escombros que, guardados en una cajita de cartón,
me ayudan a entender mi lugar en la intemperie de los libros.

II-

En las inmediaciones del colegio hay
Vidrios rotos
bicicletas con las llantas pinchadas y los manubrios torcidos
un hormiguero seco por la helada
pochoclos sin azúcar
aberturas que esperan ser puestas en sus lugares
tubos azules de biromes sin tinta.
Restos de otro aprendizaje.

III-

Del deber me río
fuerte
con otros
hasta que me atraganto y un profesor, en cambio de ayudarme a respirar, anuda la solapa
de mi guardapolvo.
Una amiga pide auxilio.
Los postes que sostienen el alambrado nos escuchan.

IV-

Escaparse es una forma de acercarse a uno mismo
aunque el lugar que nos recoja sea árido.
Una ruta comunica un lugar que no conozco con mi barrio.

Pasan a toda velocidad decenas de autos de colores que no me ven.
Una gaviota me ensucia el delantal
un árbol tiritita al lado mío
un perro se mete en una zanja
una bolsa de basura me enreda los pies
una vecina frena su bicicleta y me pregunta, ¿qué hacés a esta hora por acá?
¿Soy esto que me pasa?
¿O camino por un descampado que conozco a la perfección?

V-

Veo a los chicos pudientes con sus ropas nuevas
manejan los autos que les prestan sus padres
y sus amores de viernes y sábados por la noche.
Sus risas decoradas con osos de peluche
los deberes cumplidos
el futuro claro
el horizonte del día tangible y vivaz, una moneda.
Veo a los chicos pudientes luchar por una casa que contenga la diversión del mundo
practicando las poses, las costumbres, el maquillaje, las pisadas de deportes extranjeros.
Si fuera como ellos me envidiaría.
Tener un ideal del que formar parte lo que para mí es desolación.

VI-

¿Cuántos dibujos del ser mueren al ser tachados por un maestro en los márgenes de una hoja?

VII-

El rechazo de los chicos pudientes hacia nosotros que, no sabemos quiénes somos,
pero pudientes no, es magnífico en comparación a la indiferencia del resto.
Mientras ellos escupen manzanas al lado nuestro
el resto se las lustra.
Mientras ellos se burlan
el resto mira para otro lado por vergüenza.
Mientras ellos se ríen con voz chillona al vernos pasar
el resto lo hace murmurando.
Mientras ellos nos muerden por los paseos que no damos
el resto repite en sus parlantes la música que los congrega.
Mientras ellos se tiran de los árboles
el resto crea un espectáculo con aplausos.
Mientras ellos nos persuaden con la marca de sus relojes
al resto les es indiferente el tiempo.

Mientras ellos tironean de nuestros vestidos
saco una fibra y dibujo joyas en el piso del aula.
Ellos se tropiezan.
El resto las cree invisibles.

VIII-

El frío de la casa
el frío de la mañana
el frío de la media mañana
el frío del mediodía
el frío de la media tarde
el frío de la tarde
el frío de la tardecita
el frío la noche
el frío de la escuela.

IX-

Escucho a unos chicos criticar a otros chicos.
Esos chicos, a su vez, criticar a los que los critican.
Ecos de críticas retumban cerca de las puertas y suave al aire libre.
Visualizo éstos últimos y los choco con mi bicicleta
con un palo de escoba que encuentro tirado
con mis zapatos
con un perro perdido que no sabe cómo llegó hasta acá
con una mochila.
Me gustan los sonidos que se producen entre las palabras, más que las palabras.
Yo no critico
atropello.

X-

En el patio hay montañas de cemento
una mezcladora tumbada sin manubrio
una bolsita blanca de nylon con un par de zapatillas y una camiseta roída
colillas de cigarrillos formando un camino hacia el fondo de la tierra
nubes grises que se reflejan en un charco que, desde hace mucho tiempo,
el suelo no absorbe
rollos de alambrado nuevos
unos cuadrados de césped recién rasurado
voces chicos que vienen a esconderse detrás
Y, muy de vez en cuando, unos pájaros altos que miran para otro lado,
mientras caminan a picotear las migas de galletitas que cayeron de mis las manos.

Ellos no saben qué me pasa pero yo los observo como si supieran.
¿Por qué los miro con esa intención?
A veces, me siento sola.

XI-

¿Qué futuro imagino sentada en esta silla?
¿Quién seré?
¿Cómo?
¿Parecida a alguien?
¿Muy distinta?
¿Le perteneceré al mundo como ideal o como otra cosa?
¿De qué manera el tiempo se apropiará de mí?

XII-

Los compañeros señalan con sus lápices a una chica que vino al colegio sin pantalón.
La apuntan por, lo que consideran, una provocación.
La chica no llora parece perpleja por lo que incita un descuido
y en esa quietud se deja tocar, decir, oler.
Vive un olvido en carne propia.
Nadie la ampara.
Ni siquiera yo con unas hojas pegándolas a sus piernas.

XIII-

Una compañera tiene útiles que sus padres compraron en Francia
después del exilio en Argel.
Trae gomas, lápices, cuadernos, ganchos, figuritas.
Observo una cinta adhesiva que sobresale brillante de su cartuchera
me quedo dormida sobre el pupitre
y sueño que soy la cinta que usan en la aduana
para embalar paquetes que nunca sabemos qué ideales transportaban.

XIV-

A escondidas me doy gustos del desorden.
Con los pies amontoño las hojas del otoño en un rincón del patio
y las quemo con un cigarrillo.
Hay una precariedad brillante en la fabricación de lo que nombra el cuerpo.

XV-

Como una gracia mis compañeros me cortan un mechón de pelo.

En la cabeza me queda un hueco
un dolor
una isla desolada.

Devuélvanmelo, les pido.

Pero en vez de dármelo lo atan a los rayos de una bicicleta
que enganchan a un ventilador de techo.

Después, lo encienden y mi pelo pinta sobre las paredes del aula
¿por qué no logro alcanzar lo que me pertenece estando tan cerca?

Camino

Madrugada
bocinas de un tren
recuerdo de tu pelo
nos fuimos alejando.
Abro los ojos
camino por una habitación
que tiene el mismo piso que la tuya
no hago ruido
estoy descalza.
Respiro profundo mirando por una ventana
hacés un gesto de cariño
y tocás las orejas de un perro que duerme al lado.
El humo que sale de tu boca
derrite la escarcha que separa nuestras casas
tu cuerpo inmóvil
transmite algo así como,
te estoy queriendo otra vez
pero a mí los pensamientos no me conducen
los ruidos te despiertan en mi sueño.
Un tren pasa a buscarnos
me cambio de ropa
y coloco anillos para reconocerme.
Silbás mientras esperás
una imagen distinta a la que pasa.
Dejás un señalador en la página de un libro
apagás un cigarrillo
desenvolvés una pastilla
tus ojos se electrificaron.
Abro la ventana
nadie arropa la noche
los pájaros duermen
quizá alguien me traiga algo
una remera
un papelito con tu nombre.

Poemarios

Una burbuja en el pico de una botella *

Trabajo

Estado

Rayada

Canciones

Las elegidas*

Ropero*

Familiares

Poemas en el jardín

Secundaria

Camino

* Nota:

Una burbuja en el pico de una botella fue publicado por Eloísa Cartonera en el año 2020;
Las Elegidas y Ropero por Belleza y Felicidad y Poemas en el jardín por Zorra Poesía
durante el año 2009.

Gracias infinitas a María Gómez, Washington Cucurto, Fernanda Laguna y Noelia Rivero.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

tamaradomenech.blogspot.com

edicionespresente.blogspot.com

www.instagram.com/tadomenech